

Revista de **FOLKLORÉ**

N.º 277



El Mendigo

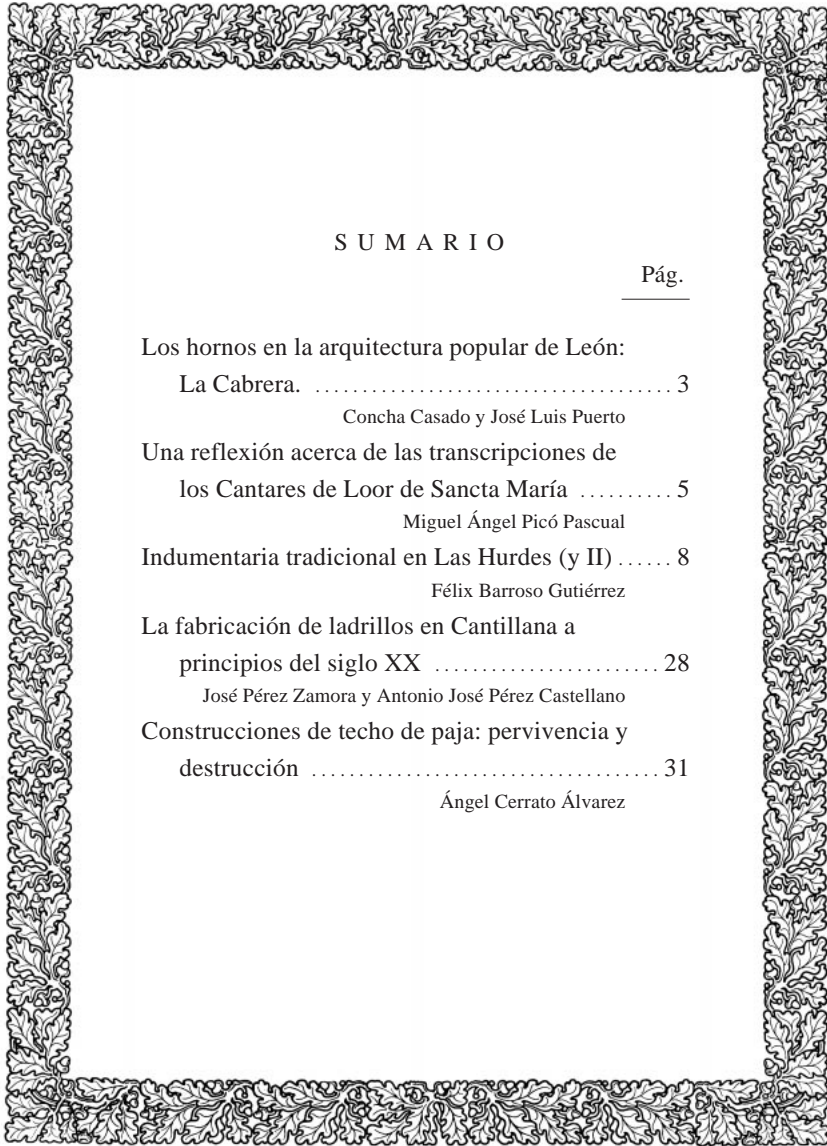
Félix Barroso Gutiérrez ■ Concha Casado
Ángel Cerrato Álvarez ■ Antonio José Pérez Castellano
José Pérez Zamora ■ Miguel Ángel Picó Pascual
José Luis Puerto

Editorial

Parece que fue ayer... y ya han pasado nada menos que veintitrés años desde que se presentó en Valladolid la Revista de Folklore con muchas ilusiones y un escaso bagaje. A punto de iniciar el año vigésimo cuarto de publicación, conviene volver a agradecer a Caja España su infatigable apoyo para que nuestras aspiraciones sean una realidad mes tras mes. Imposible olvidar a los suscriptores, cuya confianza y aliento hemos sentido en cartas y opiniones que han contribuido a que corrigiésemos los errores y mantuviésemos los aciertos. Acerca de los colaboradores, los circunstanciales y los fijos, también es necesario hacer un elogio además de agradecer su contribución imprescindible para que la Revista se haya ido publicando con puntualidad. Por último, y para que todo ese esfuerzo llegue correctamente al papel, la imprenta Casares hace el resto.

*Precisamente porque hemos comprobado en los últimos años el valor que tiene toda esa documentación hemos pensado que se hace necesaria su digitalización para su consulta en la Red de usuarios de Internet; de los índices que agrupan los años de existencia de la revista, ya puede uno extraer conclusiones aunque sean provisionales: apartados que están escasamente representados o que ni siquiera se han abierto, junto a otros cuya abundancia llega a sorprender; provincias o comarcas poco tocadas y otras con nutrida participación. En cualquier caso, por mencionar solamente algunas materias de las que están dignamente representadas en las páginas de la Revista, podrían citarse la agricultura y ganadería, alimentación, arquitectura popular, arte popular, costumbres, creencias, mitos, supersticiones, danzas, dramática, fiestas, flora y fauna, industrias y oficios, instrumentos musicales, juegos, léxico y parremiología, literatura, medicina, música y canto, opinión y conceptos teóricos, personajes y religiosidad. En total, más de ochocientos autores diferentes y cerca de mil quinientos artículos que hacen de la **Revista de Folklore** un documento imprescindible para quien se adentre en el estudio de los conocimientos populares en la península Ibérica.*

La digitalización se hará en formato de imagen (con el escaneado directo de cada página y unos índices generales de cada artículo y su autor) y en formato texto para poder consultarlo por palabras y por campos.



S U M A R I O

	Pág.
Los hornos en la arquitectura popular de León: La Cabrera.	3
Concha Casado y José Luis Puerto	
Una reflexión acerca de las transcripciones de los Cantares de Loor de Sancta María	5
Miguel Ángel Picó Pascual	
Indumentaria tradicional en Las Hurdes (y II)	8
Félix Barroso Gutiérrez	
La fabricación de ladrillos en Cantillana a principios del siglo XX	28
José Pérez Zamora y Antonio José Pérez Castellano	
Construcciones de techo de paja: pervivencia y destrucción	31
Ángel Cerrato Álvarez	

LOS HORNOS EN LA ARQUITECTURA POPULAR DE LEÓN: LA CABRERA

Concha Casado y José Luis Puerto



Horno en los corredores (Villar del Monte)

El pan es uno de los emblemas y de los símbolos centrales de la supervivencia humana, también de la labor del hombre en el tiempo y en el contacto con la tierra. Es el alimento por excelencia, que se da, se recibe y se comparte; símbolo también, por tanto, de los vínculos humanos, de la fraternidad.

Llegar hasta el pan supone haber pasado por toda una serie de labores campesinas que no sólo requieren el contacto con la tierra, con la naturaleza, sino también la sumisión a unos ciclos temporales, estacionales, que conforman al hombre y lo vinculan con el devenir temporal: la siembra en el otoño, la espera en el invierno, la arica de la primavera, la siega y la trilla o la maja en el verano, para terminar con la recogida del grano y de la paja, llevando aquél al molino para obtener la harina.

El ritmo del pan requiere, pues, lentitud en la labor humana, observancia de los ritmos del tiempo, disponibilidad a lo que dictan las estaciones. Requiere, en definitiva, sintonía con la naturaleza, con los ciclos del mundo; sintonía con el mundo natural que caracteriza y define al campesinado.

Hasta aquí queda plasmada la labor que requiere el pan en lo exterior, en el contacto con la naturaleza. Pero hay otra labor interior que el pan exige para hacerse. Se realiza ésta ya dentro de la casa, en sus estancias, en la intimidad. Y aquí aparece la mujer como protagonista. Y aquí aparecen los ritmos femeninos, con la delicadeza

de las manos, con una entrega que es ofrenda a toda la familia y a su supervivencia.

Qué hermosas e íntimas son las labores femeninas del pan. Hasta meterlo en el horno, se ha de cerner la harina, se ha de enlleudar, se ha de amasar, se han de trazar las formas de panes y de hogazas, se ha de acostar lo amasado para que esa química secreta de la masa enlleudada alcance su estado más propicio, se ha de meter, en fin, el pan en el horno crepitante y abrasador para que se cueza el alimento solar por excelencia.

Y toda esta labor interior que el pan exige ha hecho que se cree una estancia de la casa, de la vivienda campesina: el horno, verdadero santuario del pan, una habitación comunicada con el resto de la casa y en la que se realizaban las labores que hemos descrito del proceso del pan; pero en cuyos techos se colgaba también el embutido para que se curara, y que, a la vez, servía de despensa del propio pan cocido, pues se amasaba cada semana o cada quince días, según los lugares.

Además, el horno adquiría un protagonismo muy especial en los días previos a la fiesta patronal de cada pueblo, pues entonces las mujeres, con recetas heredadas de sus madres y abuelas, preparaban los dulces tradicionales para convidar a parientes y amigos, así como para tomar la propia familia.

Hay toda una cultura tradicional muy hermosa en torno al pan y al horno. Si tuviéramos que buscar raíces y antecedentes a tal cultura, los hallaríamos antes en la tradición semítica que en la



Horno en los corredores (Villar del Monte)



*Horno con tejadillo en vivienda de una sola planta
(Villar del Monte)*

tradición clásica. Bástenos recordar, en la Biblia, esos pasajes tan conocidos del Evangelio de la multiplicación de los panes y de los peces, o ese icono tan arquetípico de la cultura occidental que es la última cena, con el pan y el vino sobre una mesa de celebración, pero ya también con presagios de muerte.

En la provincia de León, hay zonas y comarcas que cuentan con hornos de un gran valor dentro de lo que es la arquitectura popular; son hornos que muestran también en el exterior de la casa su forma redondeada y que, al dar a la calle y al estar a la vista de todos, conforman un paisaje urbano de alto valor estético en el rincón donde se ubican y se hallan. A veces, desgraciadamente, por incuria y desconocimiento de su valor, han sido destruidos, por lo que nos vemos obligados desde aquí a hacer una llamada, a dar un toque de atención a autoridades provinciales, municipales y a los vecinos, para que se respeten y se valoren.

Entre las áreas leonesas que cuentan con hornos, muchas veces protegidos bajo tejadillo, al exterior de la vivienda, podemos citar tanto zonas de la arquitectura de la piedra como de la del barro, lo que nos habla de su extraordinaria variedad. Así, nos encontramos con estas edificaciones en la Cabrera, en las Omañas, en las riberas del Porma, del Esla (de un gran interés son los de la comarca de Rueda) y del Cea, o zonas de la Tierra de Campos, entre otras varias.

Hoy comenzamos por los hornos de esa comarca emblemática, cuya arquitectura popular hay que proteger, que es la Cabrera. Y vamos a detenernos en los hornos que podemos todavía ver en Villar del Monte, un pueblo singular de la Cabrera Alta. Sorprenden al visitante esos hornos de barro, con sus paredes redondeadas, que asoman en algunos corredores de madera de las viviendas. Es un bello contraste de colores el que presentan los variados materiales que conforman la

vivienda: piedra, madera, pizarra y, con el horno, se añade el barro.

El horno es una pieza fundamental en la vivienda cabrelesa. Y la tarea de amasar y cocer el pan era un quehacer casero y familiar. El horno solía estar emplazado en la cocina. En este pueblo de Villar del Monte contemplamos el horno en el corredor de la primera planta, porque allí está la cocina. (Y en una pequeña vivienda de una sola planta, vemos el horno, pegado a ella, bajo un tejadillo). También podemos ver “la casa el forno”, es decir, el horno separado de la vivienda, una pequeña construcción para albergar el horno, con la masera y demás utensilios utilizados en la preparación del pan, que solía ser pan de centeno, aún recordamos las exquisitas hogazas de pan de centeno que salían de los hornos de Cabrera.

Las partes fundamentales del horno son: la *buqueira* o abertura practicada en la parte anterior de la pared, por la que se introducen las urces que se queman en el interior hasta lograr la temperatura necesaria y uniforme. Estas urces se distribuían y esparcían por el suelo del horno con un largo palo que llaman *furganeiro*. El suelo se encuentra a la altura de la *buqueira* y debajo de él está situada la *borrayeira*, donde se recoge el rescoldo y la ceniza que resultan de la combustión. Y en las paredes del horno, por encima de la altura del suelo, se encuentran los *llorigos* o *llou-rigos*, línea de piedras de pizarra que sobresalen hacia el interior del horno, un poco elevadas del suelo, donde se colocan las hogazas, cuando el suelo es insuficiente para recibir el total de las piezas que componen la hornada.

En un recorrido por los otros pueblos de la Cabrera encontraremos las paredes redondeadas del horno destacándose en los muros de la vivienda, o esas construcciones independientes llamadas “la casa el forno”. Una arquitectura singular, un patrimonio cultural que debemos valorar y no dejar que desaparezca.



“La casa el forno” (Villar del Monte)

UNA REFLEXIÓN ACERCA DE LAS TRANSCRIPCIONES DE LOS *CANTARES DE LOOR DE SANCTA MARÍA*

Miguel Ángel Picó Pascual

En los últimos años han proliferado los estudios acerca de las Cantigas de Santa María de Alfonso X el Sabio, uno de los monumentos musicales más importantes de nuestra Edad Media, apareciendo varias ediciones, cada una siguiendo unos criterios personales y subjetivistas, algunas de las cuales llegan incluso a asombrarnos por su intrepidez. Sus autores no aplican los mismos criterios homogéneos para sus transcripciones, unas veces lo hacen de una manera, más adelante alteran lo que no les conviene y lo hacen de otra, transcribiendo de forma diferente un mismo tipo de ligadura, transcribiendo de la misma forma ligaduras que son diferentes, etc (1). Ni qué decir cabe que las apreciaciones de este tipo carecen por completo de cualquier rigor científico, y es que, en definitiva, la notación rítmica alfonsina se nos resiste a los musicólogos, causa que es aprovechada por muchos para hacer alarde de su fantasía. Mientras no se aporten suficientes razones documentales, y ello es algo sumamente difícil al día de hoy, cualquier transcripción de las CSM que se nos presente debe ser acogida con total escepticismo.

Desde 1994 vengo trabajando en la transcripción y cada día que pasa me doy cuenta que es mucho más difícil acercarme al descubrimiento del ritmo original alfonsino (2). ¿Podemos ofrecer los musicólogos, en el estado en el que se encuentran las investigaciones, una transcripción fidedigna de las CSM? Llegar a hacerlo no es completamente difícil, es absolutamente imposible. Nadie, definitivamente nadie, por mucho que se esfuerce, podrá presumir de ofrecernos la realidad sonora que sus creadores pensaron en su época, tan sólo podremos presentar aproximaciones que se acerquen a esa materialidad.

La lírica de carácter folklórico está presente en muchas cantigas, resulta más que evidente que sus autores acudieron a los cantos populares de aquella época para inspirarse en ellos, aunque no siempre fueran fieles a ellos. Aunque a veces escape a toda posibilidad de comprobación, puesto que no siempre esas muestras han perdurado en el riquísimo acervo del folklore musical español, existen para ciertas cantigas pruebas más o menos seguras de su autenticidad folklórica. Las repeticiones con variantes constituyen la técnica base de la lírica de transmisión oral, y ello lo encontramos en las cantigas. Pero esta influencia afecta tanto a las estructuras rítmicas como a la sintáctica, melódica e incluso formal. Esta faceta no ha sido tenida en cuenta lo suficientemente hasta ahora por los investigadores (3), y mucho menos por los transcritores, a excepción de Mons. Higinio Anglés, y considero que es sumamente importante recalcarla e in-

cidir en ella para futuros trabajos. A simple vista se observa al contemplar la transcripción del sabio musicólogo catalán que en su labor se inclinó para elaborar su teoría en el folklore musical, amparándose en sostener que las melodías alfonsíes estaban plagadas de la rica tradición popular musical. Para Mons. Anglés gran parte de las melodías alfonsíes debían haber sido tomadas de la tradición musical popular, quedando algunas de ellas en el acervo popular, razón por la que llegó a comparar la cantiga número 192 con una canción catalana tradicional, entrando por tanto, en el terreno de la musicología comparada, tan de moda en aquél período. En su día, se expresaba así: “*La parte más importante del repertorio musical alfonsino está formado por melodías emanadas directamente del folklore tradicional de los diferentes países hispánicos y otros europeos o escritas imitando las tonadas, ritmo, cadencias y modalidad típica de nuestro folklore. Muchas de estas tonadas eran ya muy populares en el siglo XIII*” (4). En 1956 reconocía la gran influencia que sobre él ejerció el estudio del folklore a la hora de interpretar la notación alfonsí: “*Si yo no hubiera tenido una idea clara sobre lo que es una melodía popular tradicional, me hubiera sido muy difícil interpretar la notación musical de las cantigas alfonsíes*” (5).

Si bien es verdad que muchas melodías, que rezuman el arcaico canto popular del siglo XIII, no pueden oírse hoy en día cantadas por el pueblo español, no por ello podemos negar que en su día eran fruto de la tradición popular, y ello habrá de ser tenido en cuenta para futuras transcripciones, y es que en la elaboración de las cantigas los poetas y músicos que trabajaron en la corte alfonsí en muchas ocasiones dieron cuerpo y forma a elementos tradicionales vivos preexistentes en la literatura y música del pueblo.

El conocimiento de las fuentes teórico musicales es imprescindible para cualquier musicólogo, es más que evidente. En el siglo XIX Coussemaker llegó a recoger un buen puñado de tratados de los siglos XIII-XIV que analizan los problemas de la música mensural del siglo que nos interesa. Las normas que se reflejan en los tratados de la época ¿deben ser aplicadas inflexiblemente a la hora de transcribir las CSM? Los análisis detenidos de los tratados de la época nos ayudan a aproximarnos a la realidad notacional alfonsina, pero no nos permiten al día de hoy ofrecer al intérprete una transcripción rigurosamente fiel. A pesar de que cada teórico no puede ser desdeñado por la información que nos puede aportar, hemos de ratificar que con la perfección notacional im-

puesta por Franco de Colonia en su tratado no podemos contar, tampoco con la extravagancia de algunos teóricos de transición. Al día de hoy, por tanto, no tenemos ningún tratado teórico que guíe al cien por cien la transcripción de cualquier investigador, siempre que alguien intente aplicar esas normas particulares a las CSM, se encontrará con muchos problemas. Ojo, con ello no estoy afirmando en ningún momento que no debamos hacer caso a toda la información que nos proporcionan los teóricos, hay cosas generales que pueden ser aplicadas, pero otras muy particulares, no. Tampoco debemos inclinarnos por basarnos en deducciones empíricas, como por ejemplo hace Cunningham, ni mucho menos. La inexistencia de teóricos peninsulares que nos describan la práctica de la época obstaculiza enormemente nuestro trabajo y nos impide dar una solución definitiva al problema rítmico notacional de nuestros códices. Particularmente dudo incluso que se plasmara en un tratado teórico la realidad notacional alfonsina.

La notación alfonsina tenemos que situarla en un punto intermedio en el desarrollo de la perfección franconiana. Hemos de pensar que nos encontramos en una época de transición, donde hay que apuntar incluso divergencias regionales, de hecho las diferencias entre los propios tratados viene a demostrar esa diversidad. Cada zona territorial, que no tenía por qué coincidir con espacios delimitados políticamente, presentaba sus pequeñas diferencias notacionales, —esa diferencia notacional la encontraremos incluso en el siglo XIV—. La pérdida de muchos tratados teóricos con el correr del tiempo vendría a demostrarlo.

Una de las ediciones más objetivas que podrá encontrar el intérprete interesado en este tipo de repertorio es la del profesor López Elum, no obstante advertimos de antemano que el respaldo documental en el que se basa es de nuevo sumamente subjetivo. El autor, como el resto de investigadores, no aporta ningún documento con el que apoyar sus afirmaciones. En ningún momento demuestra por qué hay que seguir a rajatabla al tratadista propuesto y no a otros de los muchos que existen y que no menciona en su obra, como por ejemplo el *Discantus positio vulgaris* (h. 1225), el de Amerus (h. 1275), el de Dietricus (h. 1275), el anónimo de Sowa, el anónimo VII de Coussemaker (h. 1250), o el de J. de Garlandia (h. 1250), etc. Al día de hoy no tenemos ningún testimonio de que el tratado de Lamberto, escrito en la década de los años setenta, fuese conocido en nuestro país y mucho menos que sirviese de inspiración a nuestros creadores de la corte alfonsina. ¿Es Lamberto la fuente adecuada, el autor idóneo que nos descubre la frescura de las cantigas? Es evidente que la información que nos transmite este tratado es de suma utilidad, pero no permite adentrarnos más que parcialmente en el secreto de la notación alfonsina. La escritura musical que presentan las CSM no siguen el sistema lambertiano, al menos nada nos lo demuestra. El propio autor llega a afirmar en el capítulo 3: “*Que los autores de las Cantigas no conocieron directamente la obra de Lamberto lo demuestra tam-*

bién la forma de representar las figuras. Así, en cuanto a la plica, la forma gráfica que se plasma en las Cantigas es diferente a la que se recoge en el tratado de Lamberto”. ¿Cómo es posible que tras esta afirmación el autor confíe ciegamente en este tratado si la forma notacional alfonsina no corresponde con la nuestra? En las CSM, la representación de las plicas largas y breves es completamente diferente a la que presentan los tratados europeos del siglo XIII, lo que viene a demostrarnos que el sistema notacional alfonsino era distinto en cuanto a los pequeños detalles. Caso de que existiera en su momento, el tratado que en la actualidad vendría a desvelarnos preciosos secretos acerca de las CSM, ha desaparecido. Juzgo que el sistema notacional de las cantigas no estuvo influenciado por ninguno de los muchos que presentan los tratados que han llegado hasta nuestros días, era propio de la península ibérica, más concretamente del área castellana, de ahí que los pequeños detalles que los musicólogos actuales nos cuestionamos ante la transcripción, se nos escapen y no podamos solucionarlos, probablemente nunca. Tras unas propuestas, vendrán otras y otras, y mientras no se demuestre documentalmente nada, algo realmente muy difícil, nuestra obligación es mostrar incredulidad y una total desconfianza hacia todas aquellas ediciones que últimamente nos bombardean hasta del extranjero.

NOTAS:

(1) HUSEBY, G.: *The Cantigas de Santa Maria and the Medieval Theory of Mode*, Stanford, 1983; FERREIRA, M. P.: Bases para la transcripción: el canto gregoriano y la notación de las Cantigas de Santa María, *Los instrumentos del Pórtico de la Gloria*, Santiago de Compostela, vol. II, 1993, pp. 573-620; GÓMEZ MUNTANÉ, M. C.: *El Canto de la Sibila*, Madrid, 2 vol. 1996-1997; CUNNINGHAM, M. A.: *Alfonso X el Sabio: Cantigas de Loor*, Dublin, 2000; FERNÁNDEZ DE LA CUESTA, I.: Claves de retórica musical para la interpretación y transcripción del ritmo de las Cantigas de Santa María, *Literatura y Cristiandad. Homenaje al profesor Jesús Montoya*, Granada, 2001, pp. 685-718; PLÁ, R.: *Cantigas de Santa María. Alfonso X el Sabio. Nueva transcripción integral de su música según la métrica latina*, Madrid, 2001; LÓPEZ ELUM, P.: *El primer corpus de las Cantigas de Santa María elaborado en la corte real de Alfonso X. Transcripción realizada según las normas recopiladas por Lamberto en su Tractatus de Musica, segunda mitad siglo XIII*, Valencia (en prensa).

(2) PICÓ PASCUAL, M. A.: *Hacia una nueva transcripción del códice j b 2 de la Biblioteca del Real Monasterio del Escorial*, 1996 (Inédito); *Doce Cantigas de Alfonso X el Sabio*, Cocentaina, 2001; Hacia una nueva transcripción musical del códice j b 2 de la biblioteca del Real Monasterio del Escorial, *Revista de Historia Medieval*, Valencia, 1997, pp. 423-441; Morella en las Cantigas de Alfonso X el Sabio, *Papers dels Ports de Morella* (en prensa)

(3) Referente a la presencia de motivos folklóricos de toda índole en las Cantigas de Santa María, recomiendo al lector los siguientes trabajos del profesor KELLER, J. E.: “A note on King Al-

fonso's Use of Popular Themes in his Cantigas", *Kentucky Foreign Language Quarterly*, 1, 1954, y "Folklore in the Cantigas of Alfonso el Sabio", *Southern Folklore Quarterly*, 23, 1959. Dionisio Preciado en un interesante artículo dedicado al estudio de los ritmos aksak titulado "Veteranía de algunos ritmos aksak en la música antigua española", *Anuario Musical*, vol. XXXIX-XL, Barcelona, 1986, señala en el capítulo "El ritmo Aksak de la petenera, presente en los viejos cancioneros españoles" que la Cantiga número 166 suena en ritmo de petenera, aunque con un leve y pequeño apaño.

(4) ANGLÉS, H.: *La música en la España de Fernando el Santo y de Alfonso el Sabio*, Real Academia de las Artes de San Fernando, Madrid, 1943. Para ahondar más sobre este tema consúltese también el capítulo titulado "La música profana y el canto popular" de su obra *La música de las Cantigas de Santa María del Rey Alfonso el Sabio*, vol III, Barcelona, 1958

(5) ANGLÉS, H.: Contribución de Menéndez Pidal a la musicología española y universal, *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, vol. I, Madrid, 1956, en nota a pie de pág.



INDUMENTARIA TRADICIONAL EN LAS HURDES (y II)

Félix Barroso Gutiérrez



“Los tamborileros burdanos se muestran orgullosos de sus sombreros de paño negro, ornados con cinta roja” (Foto: F. Barroso)

“A todos aquellos hurdanos y hurdanas honestos y cabales, sin dobleces, que me transmitieron el saber antiguo de su pueblo”.

Habíamos dejado, en el número 269 de FOLKLORE, al ilustre hijo de la localidad hurdana de Pinofranqueado: Romualdo Martín Santibáñez, desmenuzando lo que nos cuenta en su obra (1) sobre la que, en tiempos, se denominó como “Dehesa de la Syerra” o “Dehesa de Jurde”. Y en lo tocante a la indumentaria de los vecinos de tal zona (hoy más conocida como “Hurdes Altas”), esto es lo que nos dice:

“Los vestidos que generalmente usan los que habitan la dehesa de Jurde, entre los menos acomodados, son calzón corto de paño burdo con follados a su parte inferior, el cual les cubre desde la rodilla a la cintura; camisón de estopa o tascos con un cuellecito muy angosto, abrochado con un botón de hilo; un chaleco de ancha solapa, también de paño burdo, sujeto con ataderos de hiladillos; una piel de cabra o macho muy sobada, con cuyo trabajo la hacen flexible, la cual preparan y cuelgan por el pescuezo, sujetándola con correas y formando una especie de coraza, que les cubre toda la delantera; otra piel preparada por el estilo, aunque más corta, que lo hace por la trasera; otra piel del mismo modo preparada formando una especie de calzón abierto que ciñen con correas a la

cintura y muslos; unos retazos de la misma piel hechos a manera de polainas, con que cubren las piernas y pantorrillas; y un mal sombrero que han adquirido de los desechados ya en los pueblos circunvecinos, a cambio de nueces. También se visten con las ropas desechadas que de los pueblos inmediatos van a venderles a cambio de lino. Las mujeres usan una camisa de estopa y tascos con un cuellecito como el que gastan los hombres en sus camisonos, también con botón de hilo; un manteo de paño burdo de tres picos y con repulgos azules, y una esclavina de bayeta frisa de muy cortas dimensiones y de diferentes colores, al estilo de las del campo de Ciudad-Rodrigo, y en sustitución de ésta han principiado a usar un pañuelo azul pequeño de algodón. Comúnmente no usan calzado de ningún género hombres ni mujeres. Los hijos, hasta ya bien entrados en edad, no visten más que la camisa de tascos y el refajo hecho con los desechos de ropa vieja que vienen a venderles. Los hombres, cuando salen de sus casas o alquerías a otros pueblos, no acostumbran llevar más prendas de vestir que el calzón, la camisa, un mal chaleco si acaso, un costal al hombro y un sombrero”.

A la luz de estas descripciones, nos permitimos significar las siguientes anotaciones:

1.- Que la pintura que Martín Santibáñez nos traza sobre las vestimentas de los habitantes menos acomodados de Las Hurdes Altas, no distan mucho de las que gastaban, en aquellos años del siglo XIX, los moradores de otras comarcas españolas. Ya vimos, por ejemplo, en la primera parte de este trabajo, la descripción que Juan Loperráez hacía sobre la indumentaria de los vecinos del obispado de Osma, en la serranía burgalesa.

2.- Los habitantes de la “Dehesa de Jurde”, que se corresponde a los actuales concejos de Nuñomoral, Casares de Las Hurdes y Ladrillar, incluida la alquería de La Rebollosa (hoy, inexplicablemente adscrita a la provincia salmantina), preservaban sus ropas con las características zamarras y zahones, como en otras áreas pastoriles, realizadas con pieles de reses cabrías, tan abundantes en sus serranías. Incluso protegían sus pantorrillas, a modo de polainas, con tales pieles: son las llamadas “engórrah” por los propios hurdanos, y que junto con zamarras y zahones (denominados también “chamárrah” y “zajónih”), se han venido usando hasta no hace muchos años.



“Moza hurdana ataviada con traje tradicional de varón, de gala”. (Foto: F. Barroso)

3.- Curiosa resulta la referencia a que adquirirían los hombres sombreros desechados en los pueblos circunvecinos, a cambio de unos puñados de nueces. Bien cierto puede ser ello, pues oímos contar muchas veces a gente de comarcas extremeñas cercanas a Las Hurdes lo apreciadas que eran las nueces de tal comarca, aunque debió ser en tiempos pasados, pues, hoy en día, se cuentan con los dedos de la mano los nogales que quedan por tierras hurdanas. Por otro lado, el sombrero fue, a lo largo de los siglos, algo obligado en los varones hurdanos. Y tanto cariño le cogían a tal prenda, que hasta se permitían tocarse con él hasta dentro del templo. Veamos, sino, lo que se lee en los archivos parroquiales de Nuñomoral, con motivo de la Santa Visita del obispo de Coria en el año de 1648:

“...Y ordenamos que varón ninguno se halle presente con el sombrero puesto en la Iglesia en tanto se executan los ofizios divinos, y viudo ninguno tampoco en pasando los nueve días, so pena de excomunión”.

No es de extrañar, por ello, que, de unos años a esta parte, cuando se ha dado en revitalizar y potenciar las figuras de los tamborileros, danzarines y otros personajes propios de la tradición folklórica

hurdana, todos ellos hayan procurado adquirir un buen sombrero de paño negro, al que adornan con aterciopelada cinta roja.

4.- Háblase, así mismo, de las “menderas” (2), unas mujeres que arribaban a Las Hurdes con ropas viejas y desechadas, que, según algunos, muchas de tales prendas pertenecían a difuntos. Los hurdanos adquirirían esos ropajes, a los que denominaban “mendos”, a trueque de lino, una planta cultivada por todas las familias hurdanas, que sabían hilar con mucha destreza. El lino tuvo tal importancia en la zona, que ha generado bastante literatura oral, bien sea en cuentecillos o adivinanzas, romancillos y otros textos etnográficos (3). El propio Romualdo Martín Santibáñez nos dice, en tal sentido:

“...Es tal la constancia de las mujeres en la rueca, que durante todo tiempo puede decirse que no se la quitan de la cintura. Si están en casa, hilan; si salen a la calle, es hilando; si van a sus huertos, también van hilando; y si tienen que salir a algún pueblo, o ir de una alquería a otra, para no malgastar el tiempo que empleen en el camino, y que éste se les haga más corto, hilando van también”.

5.- El hecho de andar descalzos hombres y mujeres de pie y pierna, tampoco debe de extrañar por aquellos años del siglo XIX, porque documentación hay, incluso ya bien entrado el siglo XX, de otras zonas donde tampoco se acostumbraba a gastar media y zapato, por lo que la planta de los pies de los paisanos se había transformado en suela natural, de puro y duro callo. Nosotros también hemos conocido, siendo muchachillos (a mitad de la década de los 60 del pasado siglo), personas en la comarca de Tierras de Granadilla (fronteriza a Las Hurdes) que andaban descalzas en todo tiempo, incluso en el propio rigor del invierno. Y hemos oído contar a nuestras madres que, siendo mozas, se quitaban el calzado a la hora del baile que tenía lugar, en la plaza del pueblo, los días de fiesta. Lo colocaban debajo de los poyos, y todo con el afán de que “no se zaleasi” (no se estropeará), por lo que bailaban descalzas.

GENTE ACOMODADA

Sigue Romualdo Martín describiendo la indumentaria de la gente más acomodada de Las Hurdes Altas. Y hablar, dentro de la comarca hurdana, de grandes diferencias sociales, es puro sinsentido, pues prácticamente la totalidad del vecindario de la zona fue, en otros tiempos, cortada por el mismo patrón de una economía de subsistencia. Y a lo mejor consideraban como “más riquínuh” (acomodados) a los que tenían algún tipo de negocio (que podíamos considerar cuasi prehistórico), como podría ser el dedicarse a explotar algún rústico

lagar de aceite o molino de centeno, o ser humilde comerciante o mesonero, o coger equis fanegas de castañas o de cántaros de aceite, o tener una buena piara de cabras... Háblanos Romualdo de la siguiente manera:

“Los más ricos, como ellos dicen, usan su calzón de paño pardo; su chaleco de paño azul, de solapa grande, abrochado con ataderos al estilo de los charros; sus polainas de la misma clase de paño; su chaqueta y zapato de vaca; su camisón de estopa o lienzo basto, fabricado en el país, y su sombrero de lana basto fabricado en Plasencia. El uso de la capa está sustituido por el de la angüarina, y sólo los concejales cuando en corporación asisten a las funciones religiosas usan capa, la cual, generalmente hablando, debió pertenecer a su quinto o sexto abuelo, siendo prenda familiar y de servicio para todo aquel que, como ellos dicen, tiene la desgracia de pertenecer al ayuntamiento. Las mujeres de la misma clase gastan su camisa de estopa o lienzo basto de la misma hechura de las que usan en el campo de Ciudad-Rodrigo, con festón y bordado de lana negra al cuello y pechera, y con puños a las boca-mangas, con flecos y bordados de lana; su manteo de paño pardo con ribete azul, y su esclavina de bayeta, con zapato de oreja de ratón o de hebilla, con su tacón alto. En el invierno se cubren la cabeza con una especie de pañuelo hecho de bayeta morada, al que llaman “serenero”, prendiéndolo a la garganta con un corchete por los dos picos primeros, y dejando al aire los dos restantes. Rara vez usan medias para calzarse, y en los días de fiesta cuando se visten para ir a misa, suelen hacerlo con medias coloradas de lana con cuadrado blanco. El desaseo en los días de trabajo es muy general, tanto para lavarse, cuanto para peinar su enmarañada cabellera, llegando a tanto el abandono de sí mismas, que reparan muy poco en ir con los pechos cubiertos o descubiertos, usando comúnmente de vestido sólo la camisa y el manteo si es verano”.

A través de estas pinceladas sobre vestimentas de la clase acomodada de la “Dehesa de Jurde”, el señor Santibáñez comienza pintándonos a un hurdano que en poco se diferencia de la imagen tradicional del campesino charro, embutido en traje de fiesta. Pero pronto surge la ironía al comentar que, en el terruño, vuélvese la capa anguarina, y ésta como herencia de tres o cuatro generaciones anteriores. Y dícese de tal prenda que es como algo distintivo de todo aquel que “tiene la desgracia de pertenecer al ayuntamiento”. Sinceramente, nos choca tal afirmación, porque, en Hurdes, al menos desde el advenimiento de la democracia (bienvenida sea), se han postulado muchos vecinos para formar parte de las más dispares candidaturas mu-



“Hurdanos en alegre y colorista romería” (Foto: F. Barroso)

nicipales. Claro está que no es la ideología lo que cuenta a la hora de ir bajo las siglas de éste o aquel partido, sino que, en esta comarca, son otros intereses muy complejos los que cuentan, relacionados con la preponderancia y rivalidad secular entre diferentes clanes. Las malas lenguas dicen que alcaldes y concejales van a chupar lo que pueden, que los bosques de pinos y cortas de madera son muy rentables para ciertas fuerzas vivas, que tales puestos permiten especular con el terreno del común, etc., etc. De aquí que las elecciones municipales en Hurdes sean algo singular y pintoresco, donde gente que se presentaron —valga el ejemplo— en una lista de ultrazquierda, pasen a formar parte, al cabo de un tiempo, de otra lista de la derecha más reaccionaria, o que líderes que fueron, antaño, de determinadas formaciones políticas, hoy sean alcaldes por partidos de signo contrario. Tales campañas municipales son muy reñidas, con ánimos muy encrespados y altercados que han llegado a ocasionar incidentes bastante graves. Todo ello puede ser el fruto del paso de un sistema basado en los concejos abiertos (aunque indirectamente controlados por ciertos clanes) a otro de tipo partidista, donde los clanes han tenido que adaptarse a nuevos modelos, con intervención ya de fuerzas externas a la comarca. Suponemos que a medida que vaya habiendo más rodaje democráti-



“Mozas cantoras de Las Candelas, acompañadas por el tamborilero. Caminomorisco, hacia 1945” (Archivo: F. Barroso)

co, esta gente acabará por adaptarse al rol de la democracia burguesa, aunque los clanes seguirán actuando en la sombra, si es que merece la pena seguir defendiendo intereses que muchas veces ya están periclitados.

En lo que corresponde a las hembras de la clase social que analiza Romualdo Martín, después de vestírnolas como a galantes campesinas a la salida de misa, echa todo un jarro de agua fría cuando se trata de hablar sobre ellas en los días de trabajo. Como corresponde a todo un personaje conservador y ultracatólico, ideología donde mamaba don Romualdo, se escandaliza que algunas hurdanas (y de las acomodadas) fueron con los pechos al aire, cosa bastante común en otras culturas y civilizaciones. Cuando nosotros comenzamos a impartir tareas educativas en Las Hurdes, a principios de la década de los 80 del siglo XX, era muy normal que, en muchos pueblos, las lactantes se sacaran los pechos públicamente para amamantar a sus hijos, cosa que no nos extrañó a los que, procedentes de comarcas cercanas, lo habíamos visto hacer desde pequeños.

Al señor Santibáñez, pese a ser hurdano y llevado de buenas intenciones, le pierden, en las páginas que escribió sobre su tierra, sus prejuicios morales y materiales. Y si a él le traicionaron tales prejuicios, que era hijo de Las Hurdes, nos podemos imaginar lo que les ocurrió a otros que habían nacido a cientos de kilómetros de esta comarca (Madoz, Gregorio Marañón, Luis Buñuel..., e incluso a gente versada en lides antropológicas, como Maurice Legendre o Caro Baroja).

Y nada tenemos que objetar al desaseo personal que observa en las mujeres (y de los hombres se podía decir otro tanto) el señor Romualdo Martín. Pero eso era algo tan connatural en las sociedades rurales de aquel tiempo, que nos llevaría

mucho tiempo en disertar sobre los conceptos de higiene de los oriundos en aquellas fechas y el tabú que, a veces, suponía el agua.

Nos extraña que el señor Santibáñez no haga mención a las “chancas”, calzado artesanal muy usado en la comarca hurdana, del que ya hablamos en la primera parte de este trabajo. Los “chanquéruh” o fabricantes de “chancas” fueron muy mentados en la zona y sobre ellos corren muchos cuentecillos y anécdotas. Pero, al parecer, las “chancas” no eran privativas de Las Hurdes, pues así llamaban a un calzado semejante en la tierra de La Limia (Ourense) (4).

LOS PIDIÓRIH

Romualdo Martín, al hablarnos de la “Dehesa de la Syerra” o “Dehesa de Jurde”, dedica unas buenas parrafadas a la que podemos denominar “casta de pordioseros de oficios” a quienes los propios hurdanos denominaban “pidiórih”. Aún está por hacer un riguroso estudio de estos “parias entre los parias”, en los que se entremezclaba una fina picaresca con la necesidad de sobrevivir. Ellos ocupaban el último escalafón dentro de la pirámide social de la zona, aunque los hubo que, gracias a su ingenio y el haber amasado una pequeña fortuna (“cuártuh jórruh”) a base de mendigar incluso por países americanos, pasaron a la cúspide de tal pirámide. Muchos de ellos eran hospicianos, sacados de las inclusas de Ciudad-Rodrigo y Plasencia por nodrizas hurdanas, que a cambio de criarlos, recibían unos espendios de las Diputaciones de Salamanca y Cáceres. A la hora de partir la herencia, sólo recibían una quinta parte de la que se destinaba a los hijos legítimos. Hoy en día, cuando se quiere mostrar menosprecio hacia ciertas familias, se comenta: “—Se nota que ésuuh vienenin de pidiórih”. Aunque puede suceder lo que oímos, allá por mil novecientos ochenta y tantos, a un individuo que frisaría los 40 años, en un mitin de un partido político. Como el individuo en cuestión acababa de entrar en una formación a la que se suponía cierto ramalazo anticlerical, no tuvo pereza alguna en exclamar, jactándose de ello:

—“...Y es que fuendu yo, de pequeñu, con la mi familia a pidí una limosna pol esuh múnduh de Dios, los cúrah, que siempre andan arrimáuh a los rícuuh, moh echarun más de una vez de loh portálih de lah igrésiah, ande mos habíamuh arriáuh pa pasá la nochi...”.

Pero, tal vez, a esta casta de pedigüeños se ha conservado, en la comarca, un corpus de romances y cuentos que ocupan un lugar destacado dentro de la cultura oral de los pueblos de España. Y es que el saber narrar cuentos y dar su gracia a los romances (o “cóprah”, como dicen ellos), ayudaba

a que las limosnas fueran más enjundiosas. Al rebufo de los pordioseros, había también gente que, al regreso de las faenas de siega en Extremadura y Castilla, simulaban mil y una lisiaduras e iban pidiendo de pueblo en pueblo; así obtenían unos sobresueldos extras.

Romualdo Martín dícenos sobre esta gente:

“Los pordioseros de oficio, que por desgracia es plaga bastante más abundante en el país de lo que debiera ser, y que pudiéramos extender hasta la cuarta parte del vecindario de estos tres concejos, en vestidos y costumbres varían de las de los otros habitantes de este territorio. En esta rama de la raza humana, degenerada e indolente, es donde no se quieren reconocer los necesarios oficios a la vida, y donde su ocupación es la holganza más soez, salvo el tiempo que emplean en pedir limosna, reunidos en caravanas o diseminados por familias en las provincias inmediatas, lo que efectúan lo mismo los hombres que las mujeres, los ancianos que los jóvenes y niños. En esta desgraciada raza es en donde está enclavada la malicia, la haraganeería, la inmoralidad y todas las plagas consiguientes. Visten sólo de harapos, porque si en sus excursiones a mendigar su sustento por los pueblos comarcanos, la caridad cristiana les socorre con algunas ropas de regular uso, ellos las venden o destrozan a fin de que parezca más lamentable su situación, y de este modo poder llamar mejor la atención de los caritativos corazones, y obtener más crecidas limosnas...”.

Unos cincuenta años más tarde, hacia 1927, otro personaje, también conservador y católico, hablaba sobre los “pidiórih”, pero echábale ironía al caso y no se mesaba tanto los cabellos contemplando la desgraciada situación de tales gentes. Nos referimos al antropólogo francés Maurice Legendre (5), que se encuentra enterrado en el monasterio de la Peña de Francia, el espacio sagrado por excelencia para el pueblo hurdano. El hecho de que Maurice Legendre fuera antropólogo, le hace ver con otros ojos a los pordioseros hurdanos, llegando a decir que los ancestros de Lázaro de Tormes debían estar en Las Hurdes, a juzgar por las muchas habilidades picarescas de que se valían ciertos hurdanos para engañar a unos y medrar a costa de otros.

Abundando en lo dicho y como anécdota, valga lo que nos ha contado muchas veces una vieja tabernera de nuestro pueblo natal: Santibáñez el Bajo. Esta vecina, Emiliana Jiménez Corrales, que aún vive, relataba que por su taberna pasaban muchos hurdanos en el mes de julio, cuando regresaban de segar por tierras de Coria y se dirigían a sus pueblos. Emiliana afirmaba que, entre los segadores, venían varios “pidiórih” (ver más arriba lo



“Segador burdano (bacia 1918)” (Archivo: F. Barroso)

que dijimos sobre segadores y “pidiórih”). Y refería que, entre aquellos “pidiórih”, destacaba una moza por lo bien que cantaba las coplas y repicaba unos rollos de río entre sus dedos. Sus acompañantes convenían en señalar que la moza tenía por pretendiente al mejor mozo de la aldea, y era así en razón a que aquella muchacha era la que más gracia tenía para pedir de toda la alquería, y ello era cosa que se tasaba pero que muy alto.

Reiteramos que el apasionante tema sobre los pordioseros de oficio en Las Hurdes está necesitado del pertinente y profundo estudio. De aquí que animemos, desde estas páginas, a algún hijo del territorio hurdano para que bucee en estas coordenadas socioantropológicas e hilvane un concienzudo trabajo.

Estamos totalmente de acuerdo con José Miguel de Barandiarán (6) cuando parafrasea al profesor W. Wundt, de la Universidad de Leipzig: “Las culturas no son adecuadamente inteligibles para quien no las vive”. O cuando el propio Barandiarán añade de su cosecha:

“No podemos comprender la cultura con sólo observar los símbolos, sino viviendo la realidad a la que éstos se refieren, en contacto con los hombres vivientes que actúan en relación con el medio y con sus semejantes”.



"Sepultura, en el santuario de la Virgen de la Peña, de Maurice Legendre" (Foto: F. Barroso)

Por ello, alguien que haya mamado de las pizarrosas tetas de Las Hurdes, sin tabúes ni prejuicios, ecuanímicamente cualificado, podrá emprender el trabajo que proponemos, que, sin lugar a dudas, coadyuvará a entender mejor a los legendarios hurdanos, sobre los que tantas leyendas sin fundamento se tejieron desde el exterior, sin prestar atención a las interesantes, arcaicas y coloristas leyendas incrustadas en el interior de sus tradiciones orales.

Y dejando ya a nuestro don Romualdo recreándose en observar, en los días festivos, a los hombres hurdanos entretenidos en sus juegos y en beber vino, y a las mujeres hurdanas en bailar al son del pandero, pasamos a describir otras impresiones sobre la indumentaria hurdana, que autores varios trazaron con sus plumas en los albores del siglo XX.

REVISTA "LAS HURDES"

No hemos parado en repasar las conferencias que el doctor J. B. Bideleyera, bajo el título de "Las Batuecas y Las Jurdes", en la Sociedad Geográfica de Madrid en diciembre de 1891 y enero de 1892, y que fueron publicadas en el boletín de dicha Sociedad Geográfica. Y no nos hemos parado porque, si

cierto es que en ellas hay temas muy interesantes, apenas nos dicen nada en lo concerniente a lo que a nosotros nos incumbe en estos momentos: la indumentaria tradicional del hurdano. Prácticamente, lo que afirma en torno a esta cuestión es copia (a veces copiado literalmente) de lo que ya había plasmado, en 1876, Romualdo Martín Santibáñez.

Pisando ya el siglo XX, concretamente en 1904, surge la revista "Las Hurdes" de la que habría mucho que hablar, pero no es éste el momento (7). En el número 18, correspondiente a julio de 1905, nos topamos con un artículo titulado "Impresiones de viaje", que firma José Polo Benito, persona que ostentó el cargo de canónigo de la catedral de Plasencia, muy vinculada a Las Hurdes y que fue víctima, residiendo en Toledo, de la Guerra Civil, en agosto de 1936. En el mencionado artículo leemos párrafos como el que sigue:

"...Son hurdanos que vienen desde las alquerías a la misa parroquial. Salieron de su casa al amanecer. Los de las alquerías altas emplearon dos horas en el camino y los de Ovejuna cuatro horas. Caminan lentamente, en procesión lúgubre, como los aldeanos gallegos cuando van a la siega. Es encantador el espectáculo que ofrecen las márgenes del río del Pino. Por los contornos del pueblo véñse llegar los grupos, de ellos, los más pudientes, con jaique largo y sin cuello, los otros con calzón de caprea (zahones), de piel suave y flexible a fuerza de frotamientos. Las mujeres llevan en un hatillo la ropa dominguera, y a la sombra de los castaños calzan su pie con tosco zapato, se lavan y se peinan y se colocan en el respingado moño un gran cordón con borlas".

Polo Benito nos describe el desfile emprendido por algunos hurdanos y hurdanas del concejo de Lo Franqueado, que, al llegar el domingo, se desplazaban de sus alquerías para oír misa en la cabeza del concejo: la localidad de Pinofranqueado. En este mismo artículo, como cosa curiosa, resalta que dicho pueblo de Pinofranqueado comenzaba, en aquellos años, a sustituir las lanchas pizarrosas de los tejados por tejas.

Dos años más tarde, en julio de 1947 (núm. 42 de la revista "Las Hurdes"), otro artículo firmado por la grafía "C" y titulado "Las Bodas", refiérenos las prendas que debería llevar una moza hurdana el día de su boda (concretamente en la alquería de La Fragosa, en el valle del Malvellido). He aquí la exposición:

– Unas varas de lino para una camisa (se confeccionaban en la zona).

– Algunas varas de "moletón" (muletón: tela suave y afelpada) para una saya.

– Algunas varas de “trasmarino” para una “mandila”.

– Algunas varas de “percal colorao” (percal: tela de algodón) para una “jugona” (jubón).

– Alguna vara de “picote” (tela áspera y basta, de pelo de cabra; las hurdanas guardan memoria de sus famosas “sáyah de picoti”) para un “farraco” (faltriguera).

– Algunas varas de frisa azul para una “mantillina” (esclavina).

– Algunas varas de “galón de la porca” (cinta de pasamanería) para “ataerus” (ataderas o ligas de medias y otros cintajes que cuelgan de las ropas).

Hablando con hurdanas de ese valle del Malvellido, ya entradas en años, nos confirmaban, además, que a la boda llevaban: zapatos de cordobán, medias calzas y, cuando entraban en la iglesia, se tocaban con una cobija. Los hombres nos hablaban de: bombacho de paño (calzón que se acampana por debajo de las rodillas), camisón de lino, chaleco con los botones de plaqué, faja, medias calzas, “borceguíniñ” (borceguís; pero no todos los llevaban, ya que, según comentan, “eran mu cáruh y había que compráluh fuera de Las Júrdih, pol lo que moh teníamuh que conforma’r, a véciñ, con únah cháncañ galánañ” y sombrero del “Casá” (llamado así porque, al parecer, se adquirían en la villa hurdana de El Casar de Palomero).

También en la misma revista (núm. 27, 22 de abril de 1906) observamos un artículo de G. Santos Diego (“El Bichu (I)”), donde sucintamente se nos traza la indumentaria de un pastor hurdano:

“...Sonaba el alegre tintineo y dulce balar de un atajo (sic) de cabras que, deteniéndose a morder en los arbustos que entre las peñas crecían, iban lentamente descendiendo por los senderos de la falda. Seguías las el cabrero; hombre de mediana edad y más que mediana estatura, con polainas de paño, zahones extremeños y al hombro una manta de Serradilla, acompañado del mastín, hermoso perro barcino de poderosas garras y ancha cabeza...”.

Pensamos que, al hablar de los zahones, sobra lo de “extremeños”, porque tal prenda no marcaba diferencias entre las confeccionadas en Extremadura o en Aragón, por poner un ejemplo. Y por otro lado, el autor del artículo muestra conocer muy poco las sensibilidades de la gente de Hurdes Altas, que es donde parece que se ubica el cabrero de marras. Para tales gentes, Extremadura y lo extremeño fue algo aparte, adonde sólo se acudía por tres circunstancias:

1ª.- A la siega, que, al decir de los hurdanos, siempre era más dura y con peores amos que en



“Las hurdanas entradas en años, al contrario de las comarcas limítrofes de Extremadura, donde suelen vestir de negro, se atavían con policromas indumentarias”. (Foto: F. Barroso)

Castilla. Comentan los paisanos de estas tierras que, en Extremadura, había que “dormí en el corti y sólu te mantenían con gazpachu”. En cambio, en Castilla (entendiéndose por tal término las provincias de Salamanca y Ávila), según refieren, “loh ámuh eran máñ caritativuh, que te dejaban dormí en los corráliñ y te asistían mejó a la hora de comé”.

2ª.- A compra-venta de productos agropecuarios. Desde tiempo inmemorial está testimoniado el recorrido de los hurdanos por determinadas comarcas extremeñas con cargas de cerezas, castañas, nueces, miel y arropo... Y antigua documentación hay sobre contratos de ventas de maderos de castaño y pieles de ganado cabrío y de otros animales salvajes realizadas por los hurdanos a vecinos de otras comarcas extremeñas. Los habitantes de Las Hurdes adquirirían en esos pueblos extremeños garrapos que, luego, criaban para la matanza familiar con los productos de sus huertos; aperos agrícolas y domésticos, etc. Cuando se implantó el mercado de San Andrés (30 de noviembre) en Pinofranqueado, muchos de estos productos (sobre todo los inherentes para la matanza familiar) se adquirían en



“Los burdanos son muy dados a francachelas y zarabandas, incluso para celebrar a las ánimas: Pasacalles de ánimas en La Horcajada”. (Foto: F. Barroso)

dicho mercado, a donde dieron en acudir mercaderes de diversos puntos.

3ª.- A pleitos diversos (lo cual siempre fue desagradable) a la villa de Granadilla, de la que dependían en asuntos tocantes a la justicia. Más tarde, el juzgado comarcal se estableció en Hervás. Y también a la caja de reclutas de Cáceres, asunto odiado y temido por los hurdanos.

Aparte de estas tres circunstancias, habría que añadir los continuos recorridos por los pueblos extremeños de la casta de los “pidiórih”, o de los loberos, esos personajes que se dedicaban a la caza y captura de lobos, paseando, después, por villas y lugares las alimañas muertas, obteniendo de los ganaderos sustanciosas limosnas, ya que eliminar un lobo suponía un enemigo menos para el ganado.

Se nos cuenta, igualmente, que el cabrero llevaba una manta de Serradilla. En partijas tocantes a la herencia familiar, sobre todo de Hurdes Altas, aparece con frecuencia la mención a “mantas de Serradilla”, haciendo referencia a mantas fabricadas en la localidad salmantina de Serradilla del Llano, muy próxima a Las Hurdes. Otras veces, se ci-

ta a las mantas de Lumbrales (otro pueblo salmantino). De hecho, los vecinos de los concejos hurdanos de Nuñomoral, Casares de Las Hurdes, Ladrijar, alquerías altas del concejo de Lo Franqueado, y alquerías de Arrolobos y Riomalo de Abajo (concejo de Caminomorisco) siempre tuvieron mayor relación con la provincia salmantina que con la región extremeña. Para la práctica mayoría de los habitantes de Hurdes Altas, su centro de referencia en mil y un asuntos era Ciudad Rodrigo, a la que ellos denominaban “Ciárrodrigo”, o, simplemente, “La Ciudad”. No obstante, en Castilla (provincia de Salamanca) también se encontraba el núcleo de La Sierra de Francia, a cuyos vecinos los hurdanos no los han considerado “castellanos legítimos”, sino “serranos”, y han gozado de tan mala prensa como los amos extremeños. Además en La Sierra de Francia está el lugar de La Alberca, un pueblo que, por privilegios muy antiguos, tenía la facultad de disponer (muchas veces a su antojo) de las vidas y haciendas de los moradores de la “Dehesa de Jurde”.

Los hurdanos, secularmente, se han sentido como parte diferente de Extremadura y de Castilla. Las generaciones mayores se reafirman una y otra vez con el dicho de: “Nusótruh no sémuñ ni extremeñuh ni cahtellánuh; sémuñ jurdánuh”. Lógicamente, a base de machar y remachar en las escuelas y el continuo bombardeo de los mass media, sobre todo a raíz del Estado de las Autonomías, tal dicho se tambaleará hasta darse de bruces; pero ello no restará conciencia de hurdano a todo el que nazca en esas tierras, aunque ya con otra peculiar conciencia de pertenencia a una región determinada. Actualmente, estamos asistiendo a un renacer, entre las generaciones jóvenes, de un sentido orgullo hurdano; diferente del que tuvieron sus padres y sus abuelos, que más que orgullo, era un estigma o un tabú, por lo que muchas veces, cuando salían fuera, negaban su lugar de origen, aunque, en su fuero interno, se supiesen y se sintiesen hurdanos.

UN FRANCÉS EN LAS HURDES

En el año 1927, sale a la calle el libro: “Las Jurdes; étude de géographie humaine”, cuyo autor es el francés Maurice Legendre, secretario general de la Escuela de Altos Estudios Hispánicos de París. Este libro, todavía no traducido al castellano, comenzó a gestarse en 1910, a raíz del primer viaje que el autor emprende a nuestra legendaria comarca. Aparte de otras dedicaciones, el libro también está dedicado “Al Tío Ignacio, de La Alberca”. Este dato es mucho más importante de lo que, a simple vista, parece. El que un albercano hubiera actuado de guía con el investigador francés a lo largo y ancho de Las Hurdes, implica, en cierto modo, una influencia sesgada y sectaria. De sobra es conocido

el posicionamiento secular de los albercanos sobre los hurdanos, con los que mantuvieron numerosos pleitos, de los que hay abundante documentación del siglo XIV en adelante. Conociendo el percal, el libro del francés, aparte de sus buenas intenciones y de ciertos análisis rigurosos, rezuma un claro tufo pro-albercano. Y ciertas tesisuras, a la luz de la antropología moderna, están desfasadas o se nos antojan de un ñoño y paternalista regeneracionismo, cosa que no es de extrañar, pues el propio autor afirma en el prefacio del libro (traducimos al castellano):

“Pero este estudio no se ha hecho en una butaca. Nosotros hemos emprendido como una empresa de caballería errante, y nuestro primer deseo ha sido trabajar, por nuestra modesta parte, en la redención de los Jurdanos. Si nuestro trabajo ha tomado la forma de una tesis universitaria, es porque alcanza la dimensión de una encuesta bastante completa y escrupulosamente científica, que a nosotros nos ha parecido el mejor medio para servir a una causa justa”.

Y si Legendre tiene como guía a un albercano (Ignacio Hoyos Pérez), al que llama “el más fiel de los escuderos”, años más tarde (finales de la década de los 70 del siglo XX) otro francés, de ascendencia italiana, antropólogo, también tuvo como guía a otro paisano, aunque esta vez hurdano de pura cepa. Nos referimos al investigador francés Mauricio Catani, íntimamente ligado al Centre National de la Recherche Scientifique, al Centre d’Ethnologie Française y al Musée National des Arts et Traditions Populaires, el cual ha dado a la imprenta diversos trabajos sobre la comarca, frutos de sus estancias en ella. Catani tuvo como guía e informante de primera mano a Eusebio Martín Domínguez –Tío Sebiu–, de la alquería de El Gasco, en el concejo de Nuñomoral, personaje singular, quien se valió de su fino ingenio y de sus buenas artes para fabricarse toda una aureola (aparte de vivir en la alquería más emblemática de todas Las Hurdes) que le llevó a ser nombrado “Presidente de honor” en el II Congreso de Hurdanos y Hurdanófilos (agosto de 1988).

Legendre dedica un apartado de su obra a la indumentaria de los hurdanos. Comienza soltando numerosas parrafadas copiadas a su paisano J. B. Bide, del que ya dijimos que, en lo tocante a la vestimenta popular, todo lo había extraído, hasta con puntos y comas, del denso estudio de Romualdo Martín Santibáñez. A tales parrafadas, Legendre, como dato curioso, hace una llamada (la número 68), saliéndonos con que, en Las Hurdes, aunque se hila, no se teje. Nos remitimos a la primera parte de nuestro trabajo, donde se dan cuenta de telares en la zona, que ya existían muchos años antes de que nuestro amigo el francés viera la luz.



“Tía Donia, de la alquería de Las Erías, fabricando sombreros de bálago” (Foto: F. Barroso)

Posteriormente, ya de su propia cosecha, escribe lo siguiente:

“Nosotros hemos visto en la pequeña aldea de Avellanar a casi todas las mujeres muy limpiamente vestidas, para hacerse fotografiar por nosotros (los hombres, salvo los viejos y algunos enfermos, estaban a la siega). En El Cabezó, nosotros hemos visto vestidos blancos y muy limpios, lindos pañuelos, una mantilla... En Avellanar casi todas las mujeres tenían un mantón cruzado sobre su corpiño; algunos mantones eran negros y muy simples; otros eran en tejido blanco; otros eran en lana blanca con franjas; otros, más elegantes todavía, que se fabricaban en el país vasco, tenían flores impresas, flores claras invadiendo un fondo negro en el uno, y en el otro, flores de colores variados sobre un extenso fondo negro”.

Más adelante, contradiciendo un poco la estampa anterior y fiel a su obsesiva idea de que Las Hurdes sólo encuentran sentido como país de refugiados, lo que equipara a una cierta miseria, busca tres patas al banco para justificar la tenencia de algunas alhajas por parte de los hurdanos:

“Incluso, los botones de plata que a veces brillan en el chaleco de los hombres, los pendientes, los collares, las cruces que llevan con bastante frecuencia las mujeres y que, a los ojos del viajero, no encajan con la extrema miseria que traicionan sus vestidos, no son, a decir verdad, un signo exterior de riqueza. Hay poco metal precioso en estas alhajas. ¿Y qué representa este poco de metal precioso? Es el fruto del trabajo perdido y terco de largas generaciones, el recuerdo de una buena cosecha, de una suerte inopinada, o de un trabajo, por un



“En primer plano, Alonso Martín Martín –Tío Alonsu–, de la alquería de El Cerezal, con su faja de cuero”. (Foto: F. Barroso)

azar bien pagado, un día que los trabajadores escasearon? ¿O, tal vez, como consecuencia de alguna epidemia, la concentración de las economías de la miseria en las manos de los sobrevivientes?” (Traducción al castellano).

No vamos a traer, aquí y ahora, la abundante documentación que poseemos sobre la explotación aurífera en Hurdes, que, hasta no hace muchos años, atraía a orives de los pueblos extremeños de Montehermoso y Torrejoncillo, dedicando muchas horas al lavado de las arenas de los ríos. Restos de viejos minados, llamados comúnmente “cuevas de la mora”, o “del moro”, se esparcen por todas estas serranías, donde está más que demostrado que fueron prospecciones auríferas. Ello, por supuesto, no quiere decir nada, porque posiblemente fueran explotadas tales minas por determinadas élites. Y el bateo de los ríos hurdanos por gente humilde, a lo mejor implicaba mucha pérdida de tiempo para escasas ganancias. Eso, por lo demás, ha sido común en otras demarcaciones que, hasta la ola emigratoria de los años 60 del siglo XX, han dependido de una economía de subsistencia, como –valga el ejemplo– la comarca leonesa de La Cabrera.

Lo que no podemos negar a los hurdanos y hurdanas es su sentido del ornato, que suele caracterizarse por su profusa policromía. Una de las cosas que más nos llamó la atención cuando emprendimos nuestras tareas educativas en la comarca, nada más alborear la década de los 80 del pasado siglo, fue el observar a mujeres de edad que vestían ropas chillonas, con llamativos pañuelos de colores a la cabeza. Ello contrastaba enormemente con las mujeres de comarcas extremeñas aledañas, que, a partir de cierta edad, suelen vestir de negro. Y aquellas otras mujeres hurdanas, ancianas ya, presumían con collares y pendientes, algunos de notoria antigüedad y de cierto valor, y otros de simple quincalla.

Los hurdanos tienen asumido, además, el ser muy “ramajéruh”; es decir, que cuando pinta la ocasión, se emperifollan abigarradamente y se lían, colectivamente, en desenfundadas francachelas y zarabandas. De aquí que algunos viajeros hayan establecido ciertos paralelos entre los habitantes de estas montañas y la comunidad gitana, comparación que, como hemos comprobado, es radicalmente rechazada por los hurdanos.

Remontándonos a épocas oscuras de la prehistoria, nos permitimos significar que los ídolos-estelas o ídolos-guijarros que han aparecido en la comarca y que tienen insculpidos el busto de un personaje, nos muestran los muchos adornos (peineta o manto ritual, collares, pendientes...) con que se dotan tales personajes. De aquí que la coquetería de los prehistóricos hurdanos quede perfectamente patentizada en estas piedras.

OTROS APUNTES DE LEGENDRE

Legendre, en el capítulo que dedica al vestido, realiza otras observaciones. Veámoslas:

“Los hombres protegen sus tibias contra las piedras y la maleza por una especie de polaina. La polaina es generalmente de paño negro, y ella cubre, al mismo tiempo que la tibia, la pantorrilla y el empeine. Las rodillas y los muslos son protegidos por los zahones. Las mujeres protegen su cabeza con un pañuelo y, a veces, en el ardor del verano, por medio de esos sombreros de paja de forma y ornamentación complicadas, como se usa en las provincias de Ávila, Zamora, Salamanca y en Portugal; y que allí casi es un lujo, pues, naturalmente, no llega más que cuando ha sido desechado en su país de origen”.

Comentando las palabras de Legendre, insistimos en que, según nuestros estudios, más que de polainas, hay que hablar de “engórrah”, que así llaman los hurdanos a unas peculiares polainas que

ellos fabricaban con las pieles de sus cabras. Sobre, por otro lado, la torticera insinuación a que los sombreros que gastan en el verano algunas hurdanas vienen a ser los usados y desechados en otras poblaciones. En el territorio hurdano, según muchos testimonios, se sembraba en los “rózuh” (laderas de la montaña rozadas y quemadas) bastante centeno, con que se fabricaba el pan de mayor consumo en la zona. Y la paja de tal cereal (“bálagu”), era aprovechada, entre otras cosas, para fabricar unos sombreros que servían para amortiguar el calor veraniego. Nosotros, de niños, también hemos visto confeccionar la misma clase de sombreros (había una variedad, llamada “gorra”, semejante al archifamoso sombrero de Montehermoso, aunque sin tantos aditamentos) a las mujeres de Tierras de Granadilla, comarca fronteriza a Las Hurdes. Para confirmar más la tradición secular de fabricar tales sombreros en Hurdes, diremos que, en la alquería de Las Erías, aún siguen confeccionándolos, aunque ya orientados a la venta turística.

Más adelante, Legendre reconoce que algunas hurdanas llevan varias sayas superpuestas. Comenta, igualmente, que la mayor parte de ellas gastan en las piernas:

“...al modo de vainas de paño de lana blanca, o rojo y blanco, o rojo y negro, como se ve en partes de Salamanca y como las gastan también los árabes de África del Norte”.

Pues el hecho, como es lógico pensar, de gastar varias sayas superpuestas (cosa común a otras zonas rurales), no es signo de extrema miseria. Y a lo que el autor francés denomina “vainas”, son las que, con el nombre de “calzas” o “calcetas” se fabrican en el país, y que cubrían desde debajo de la rodilla hasta el tobillo. Legendre, dando pábulo a otra de sus obsesiones, busca coincidencias entre los hurdanos y los nativos del área africana del Magreb; de aquí que señale que esas “vainas” también las usan tales africanos.

Continúa Legendre trazando otros pormenores sobre el vestir hurdano:

“El hombre gasta una faja de paño o de cuero, que protege su vientre contra la maleza y contra los bruscos cambios de temperatura, y que cobija una parte de sus herramientas o incluso de su abastecimiento. Allí mete su cuchillo, pero no ostensiblemente a la manera de los bandidos de ópera cómica; su pañuelo, cuando lo tiene; sus papeles, cuando debe presentarlos en alguna parte; su tabaco, su mechero, etc.”.

Ciertamente, nos han hablado de las fajas y hemos llegado a ver varias, todas ellas de “lanilla”, como ellos dicen; algunas con floreados dibujos o con el que, de un tiempo a esta parte, se ha dado en llamar “bordado hurdano” (8). Pero no nos he-



“Fiestas de San Antonio en la alquería de La Fragosa. Danzas en honor del santo. Al fondo, junto a la ventana, asoma la cabeza del antropólogo ítalo-francés: Maurizio Catani”. (Foto: F. Barroso) 1980.

mos topado con fajas de cuero, aunque, hará unos doce o trece años, el hurdano Alonso Martín Martín, nacido en la alquería de La Batuequilla pero casado y residente en aquella otra de El Cerezal, con motivo de representar el papel de “ganadero jurdano” dentro de unos cuadros costumbristas de la comarca, que incluso llegaron a escenificarse en puntos muy alejados de Las Hurdes, se acercó a la localidad hurdana de Pinofranqueado, para encargar a uno que venía haciendo las veces de talabartero, una faja de cuero. Cuando indagamos el por qué de aquella prenda, nos dijo:

“Yo, de mozarangüelu, he conocíu a la genti castiza de pol estus puebros, no un cuarquiera, ni un pidió, sino genti de pesu, que ajuntaban a lo mejó más de cien reses cabrías, los ganaerus de pura cepa, que acostubraban a gastá una faja de cueru regulá, cumu ésta que me he jechu yo encargá; fajas de ganaeru, que se compraban en Castilla, que allí se gastan más, que las estilan los vaqueros. Los antigus, que eran ganaerus, se subían en su macho, con tó el vientri tapao con la faja de cueru y pa ondi quieran que diban, tó el mundo los arrearaba, y dician: –“Esi es tíu fulanu, ganaeru de esti o aqúe pueblo...” (9).

Escuchando las palabras del señor Alonso, o “Tío Alonsu”, intuimos que esas fajas de cuero venían a ser un signo de distinción (imitando, tal vez, a los ganaderos salmantinos) de los labriegos más acomodados de la comarca; o sea, una prenda más bien escasa. De hecho, Tío Alonso era tenido en el distrito hurdano como un ganadero desahogado o labrador acomodado, ladino en sus tratos, vividor en todo tiempo pero dispuesto, si así se terciara, a echar una cana al aire y jijeear en romerías.



*"Rastrillando el lino en la alquería de La Aldehuela"
(Foto: F. Barroso)*

O sea, la pura estampa que el poeta José M^a Gabriel y Galán trazara en el poema "Ganadero":

"...Gran pensador de negocios,
ladino en compras y ventas,
serio y honrado en sus cuentas,
grave y zumbón en sus ocios.

Vividor como una oruga,
su vida de siempre es ésta:
con las gallinas se acuesta,
con las alondras madruga...

...Y entre tantos trajinares,
aún puede al año unos días
lucirse en las romerías
de los rayanos lugares..." (10).

¡Que diferencia de espíritu, de colorido, de vitalismo... entre los versos anteriores y aquellos otros que, sobre el terruño hurdano, también escribiera el vate castellano y extremeño!

"...Era un trozo de tierra jurdana
sin una alquería;

era un trozo de mundo sin ruido,
de mundo sin vida...

No tenían trigales las lomas,
ni huertos las vegas,
ni sotillos las frescas umbrías,
ni árboles la sierra...

No tenían las rudas labores
cantores humanos,
ni el sabroso caer de las tardes
cantores alados...

...Y unos hombres hurraños y entecos
la tierra arañaban
como ruínas raposos sin presa
que el páramo escarban..." (11).

Vemos, igualmente, que Legendre señala que el hurdano guarda, en su faja de paño, toda una serie de objetos, aunque en lo tocante al tabaco y al mechero, la gente mayor de la zona nos comentaban que donde solían guardarlo era en los bolsillos del chaleco, fundamentalmente el eslabón, el pedernal ("pernal") y la yesca, elementos con los que encendían los deformes cigarros que liaban. No era extraño, tampoco, que el tabaco ("tabacu verdi"), que ellos sembraban en sus huertos y secaban, lo llevaran en una bolsita, que, en este caso, se enganchaba a alguna presilla del "bombachu" (calzón) y se colocaba debajo de la faja. Aparte del cuchillo, los hurdanos solían llevar también, sobre todo cuando salían de viaje de una alquería a otra, un chuzo. Y lo llevaban, al decir de ellos, "pol lo que pudiera pasá". Los mozos, solían acudir a las fiestas de los pueblos vecinos armados con cayados o garrotes (recibían diversas denominaciones: "cachera", "verdión", "verdolagu", "estaonchu"...), que servían para defenderse en las muchas quimeras que se preparaban en tales días. Estas pendeencias mociles han sido bastantes corrientes hasta épocas muy recientes, pasando del baile público al aire libre a las salas de fiesta. Hemos sido testigo de varias, muchas veces surgidas por piques y rivalidades entre los mozos de distintas alquerías.

Va don Maurice Legendre dando las últimas puntadas a su apartado sobre el vestido con las siguientes apreciaciones:

"En verano, el hombre sólo lleva la camisa y el chaleco. Contra el mal tiempo, tiene la manta de pastor, de lana grosera, con rayas negras, rojas, amarillas o rosas, que se puede poner alrededor del cuello y sobre las espaldas, y sobre la cual, o en la cual (según la temperatura) se duerme. Para el invierno, tienen grandes capas. Aunque la temperatura del invierno es templada

y la humedad y el frío no son excesivos, en las casas donde el cierzo y la lluvia pasan por los intersticios de los muros y del tejado, un tosco vestido es necesario. Ellos se cubren, en invierno, por medio de una blusa de tela de la que se sirven para la fabricación del aceite; otros se cubren con pieles de cabra”.

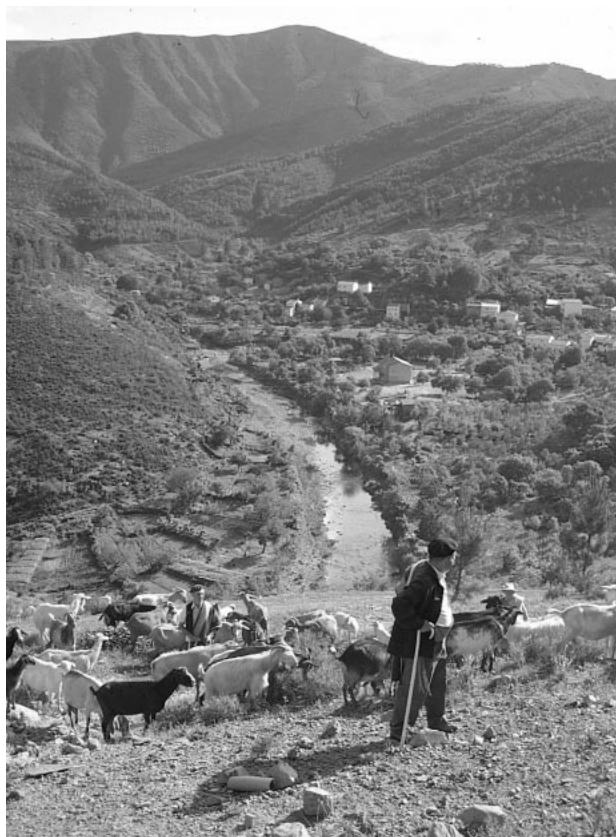
Apostillando lo escrito por nuestro hispanista, nos parece oportuno realizar estas puntualizaciones:

1.- Las grandes capas que se gastan los hurdanos en el invierno, vienen a ser, más bien, anaguarinas.

2.- El invierno, en Hurdes, tiene muy poco de templado; al contrario: se registran todos los años temperaturas muy bajas, que descienden con mucha frecuencia de los 0º. Las heladas, sobre todo en las zonas de umbría, se superponen unas sobre otras, creando un microclima de frío notorio; o se echan encima las nieblas y la humedad penetra hasta en el último rincón.

3.- La antigua vivienda hurdana, que aparenta gran rusticidad y primitivismo, no obstante viene a ser una vivienda bioclimática (y así lo han puesto de manifiesto varios estudiosos). El hurdano, hábil entre los hábiles manejando la piedra, sabía diseñar con su peculiar ingenio e instinto la casa donde iba a morar, aunque muchos urbanistas, cargados de prejuicios, hayan considerado esa vivienda casi como un antro de lobos. De hecho, actualmente, cuando se acercan los emigrantes y sus hijos (muchos de éstos nacidos en la gran ciudad) a las alquerías, prefieren dormir, tanto en verano como en invierno, en la vieja casa de los abuelos, ya que la encuentran más confortable: más caliente en invierno y más fresca en verano. Y desechan, claro está, para su descanso las modernas viviendas construidas a base de ladrillos.

4.- Los hurdanos, no es que se cubrieran antiguamente con una “blusa de tela de la que se sirven para la fabricación del aceite”. Afirmer tal cosa, es querer cargar las tintas, y nos huele a información sectaria, como otras ironías que aparecen en el libro, emanadas, tal vez, del informante y guía albercano que acompañaba a Legendre. En el territorio hurdano, se acostumbró, antiguamente, a esquila a la raza de cabras que ellos pastoreaban, y que las llamaban “lanúas” (con muchos pelos o lanas). Estos pelos eran hilados y tejidos, confeccionándose los denominados “botéruh”, que venían a ser al modo de sacos donde se metían las aceitunas que iban a ser molturadas de un modo artesanal y muy primitivo, que los propios hurdanos bautizan como “sacá l’aceiti a talega”. Y lo mismo que se fabricaban los “botéruh”, se realizaban unas prendas (los “brusónih”) con los pelos de las cabras, que cuentan que abrigaban muchísimo. Y se hacían los “ságuh”, de los que ya habla-



“Las pjaras de ganado cabrío, tan abundantes en otros tiempos, están desapareciendo de la comarca. (Foto: F. Barroso)”

mos en el capítulo anterior, y de los que Legendre no dice ni mus.

Y acaba Legendre dando dos pinceladas escasas sobre el vestido de los niños, haciendo hincapié en que sus ropas en poco se diferencian de las que usan los infantes del resto de la provincia de Cáceres, pero, eso sí, tales ropas fueron, en general, llevadas ya por otros. O sea sé: que Legendre corta por el mismo rasero a todos los niños nacidos en la comarca, constriñéndolos al gheto de los “pidiórih”. Y esto no era así, que a los hechos nos remitimos (12).

Remata la pintura negra hablando sobre la ropa de difuntos, que incluso murieron de enfermedades contagiosas, que se entregaba a los hurdanos en pueblos extracomarcas. La realidad nos demuestra que gran parte de la ropa de los difuntos —máxime si hubieran muerto en alguna epidemia—, en amplias zonas rurales, era echada al fuego al poco del fallecimiento, sobre todo la ropa interior y aquella otra que había sido utilizada con mayor frecuencia.

Afirmer que los hurdanos se ponían encima ropajes de difuntos (de difuntos extraños), es hablar



“Moza de Pinofranqueado luciendo el traje tradicional, todo él primorosamente salpicado de motivos propios del bordado burdano, el día de San Andrés, cuando dicha localidad celebra un importante mercado”. (Foto: F. Barroso)

por hablar, pues, con ello, se demuestra un desconocimiento absoluto de las creencias y supersticiones (aunque reparo nos da en emplear este último término) que los habitantes de esta comarca tienen en torno a sus ánimas. Sólo ciertas prendas, como es el caso de las anguarinas o las escasas capas, que eran consideradas como algo simbólico, u otros ropajes con muy poco uso y tenidos como lujosos o de cierto valor, seguían guardados en sus arcas. No obstante, observando el panorama desde un sentido más práctico, tampoco el difunto dejaba en herencia mucho retal para aprovechar, ya que, en economías de subsistencia, todo se recicla hasta que no da más de sí la pieza a reciclar.

Como no podía ser por menos, el autor francés remata el capítulo dedicado a la vestimenta con una frase muy poco antropológica pero más que moralista:

“A veces, incluso, las privaciones del cuerpo les restan, lo que es el colmo de la miseria, las condiciones de su salud moral”.

¡Allá los hurdanos (o algunos hurdanos) con su salud moral! De eso ya dijimos algo en el número 269 de la Revista de Folklore. Pero seguimos entendiendo que es muy poco antropológico el generalizar. Y a los habitantes de Las Hurdes les ha pasado, lamentablemente, que se ha tomado una parte de su entramado social para hacer un todo de ella. Así, no es extraño que el común de la gente se haya labrado una imagen de los habitantes de esta comarca observando la facha y hecho de los pordioseros de oficio, que, con su movilidad geográfica, iban desparramando por doquier una figura arquetípica. O que hayan leído y visto en diarios y revistas (o en cine, que ahí está el polémico documental –o película– de Luis Buñuel: “Tierra sin pan”) crónicas y fotos macabras y plumizas, porque cierto es que cada pueblo tiene su tonto, como vulgarmente se dice, pero no todos sus habitantes son tontos.

Las Hurdes arrastran legendaria fama de atraso e ignorancia. Hubo quien las llamó “baldón de España”. Pero los zotes e ignorantes eran quienes se asomaban desde detrás de los picachos de sus abruptas serranías y sólo veían por pupilas cargadas de bioquímicas sin fundamento y no paraban ni se esforzaban en entender el meollo socioantropológico de tan antiguo pueblo. Y este pueblo ha seguido siendo estigmatizado en los tiempos modernos. Así, el dictador Francisco Franco nombra a los hurdanos “ahijados suyos”. Y políticos miopes de nuestra actual Democracia no tienen otra idea mejor que –valga el ejemplo– crear en la localidad hurdana de Nuñomoral (ombligo de la comarca) un centro de disminuidos psíquicos, a 80 kilómetros de Plasencia, donde se encuentra el hospital más cercano y otras clínicas médicas. Como anécdota, nos permitimos contar lo que nos ocurrió cuando acompañábamos por la citada localidad a unos antropólogos catalanes. Resulta que aquel día andaban por el pueblo varios de los acogidos en el centro de disminuidos psíquicos, procedentes de los puntos geográficos más dispares. Nosotros, que recorríamos los bares de Nuñomoral, encontrábamos a algunos de aquellos disminuidos tanto en los bares como en la calle. Habíamos estado aleccionando a aquellos antropólogos sobre la falsa leyenda de que Las Hurdes estuviesen plagadas de mongólicos, cretinos y otros deficientes y, ¡claro!, al presentársenos aquel panorama en Nuñomoral, exclamaron los estudiosos catalanes:

–Vosotros diréis lo que os parezca, pero aquí están las pruebas palpables.

Y no nos quedó otro remedio que explicarles lo del centro de disminuidos psíquicos. Ante ello, completamente absortos, dijeron:

–No tendrían los políticos otro sitio donde montar un centro de disminuidos psíquicos na-

da más que en Las Hurdes! ¡Ni que lo hubieran hecho a drede!

Por cierto, aquellos antropólogos no sabían que 7 kilómetros al noroeste, entre las alquerías de La Fragosa y Martilandrán, había otro edificio, levantado en 1952, que llevaba el nombre de “Cottolengo del Padre Alegre”, y que era otro centro asistencial de características más o menos semejantes.

En nuestros días, la Junta de Extremadura continúa una política asistencial consistente en llenar de residencias de ancianos la comarca. La población de la comarca natural de Las Hurdes no llega en estos momentos a los 10.000 habitantes. Cuenta con las residencias de ancianos de Vegas y Azabal, y están en construcción las de Casar de Palomero, Casares de Las Hurdes y Pinofranqueado (aquí, además, hay otra residencia o centro asistencial, regido por la orden “Esclavos de María y de los Pobres”; la de Azabal también es residencia privada), así como un Centro de Día para ancianos en Caminomorisco. Cuando Las Hurdes siguen con la sangría poblacional que comenzara en la década de los 70 del pasado siglo, parece que hay políticos empeñados en cargar a cuestas con sus malas conciencias acerca de los “pobrecitos jurdanos”. Y, ahora, da la impresión que quieren frenar la despoblación repoblando la comarca con ancianos. Cuesta creer que haya comarcas limítrofes con Las Hurdes, con el doble o el triple de habitantes, donde la Administración autonómica todavía no ha levantado una sola residencia de ancianos, pese a la acuciante demanda.

PINCELADAS DE UN DESTERRADO

Las hurdes, como otras comarcas marginales, fueron lugar idóneo para que determinados gobiernos o regímenes desterraran a los súbditos que les salían díscolos. Anduvieron por aquí, en oscuro ostracismo, políticos tan insignes como Blas Gregorio de Ostolaza y Ríos, el arcedian y canónigo de León: Rafael Daniel y otros ilustres liberales del S. XIX. Más cercanos a nuestros días, nos encontramos con que el Gobierno de la II República destierra a la alquería de Martilandrán al fundador del Partido Nacionalista Español, de verdadero cuño fascista, José María Albiñana y Albornoz. Y durante la dictadura franquista, entre otros, penan sus ideas izquierdistas por estos pueblos: Ramón Rubial y Nicolás Redondo, presidente del PSOE y Secretario General de la UGT, respectivamente.

Uno de estos desterrados, el fascista Albiñana, antes de ser fusilado por los republicanos, dio a la imprenta el libro “Confinado en Las Hurdes” (13). Prácticamente, todo el libro es un alegato contra la II República. No obstante, se reflejan en sus páginas algunas pinceladas costumbristas de la comu-



“Exposición de indumentaria tradicional en la villa hurdana de El Casar de Palomero, donde se aprecian ya influencias externas a la tradición textil de la comarca”. (Foto: F. Barroso)

nidad hurdana y que el autor presencié de forma directa. Veamos algunas, como las que corresponden a la fiesta de San Antonio, en Nuñomoral:

“Los hombres visten de lo más currutaco; limpio bombacho de pana, hasta la rodilla, chaleco escotado, con doble fila de anchos botones metálicos; calceta blanca, zapatón atacado con agujetas, sombrero de fieltro, con guirnalda de rosas encendidas. Las mujeres lucen sus vistosas sayas de picote, ribeteadas de colorines; blusas de tela de colcha, vistosamente rameadas; mandiles de furiosa policromía, y en la cabeza el gran pañuelo ajustado, con el largo pico colgando sobre la espalda. Las mozas ostentan sus collares de bisutería, reforzados con lazos y grupos de rosas prendidos en los hombros (...)”.

“La diversidad de colores en el indumento y hasta la cranimetría específica, con la facies habitualmente taciturna y palúdica, me recuerda los ingenuos holgorios de los indios tehuanos, con los que conviví algunos años en el Istmo de Tehuantepec, entre el Atlántico y el Pacífico, a

la sombra de caobas, ceibas y castaricas, alzadas en las márgenes fecundas del río Coatzacoalcos. Los indios de Nuñomoral, se confunden en mis recuerdos con los jurdanos de Minatitlán, la pequeña metrópoli de los campos petroleros veracruzanos”.

“El hombre del tamboril aporrea el instrumento despertando la admiración de sus vecinos, muy especialmente de la chiquillería, que lo rodea con entusiasmo, como a un dios de la música”.

Donde menos se espera, salta la liebre. ¿Quién iba a decir que, en un libelo antirrepublicano, nos íbamos a encontrar con unas descripciones que parecen hechas por la mano de un etnógrafo? Lógicamente, los hurdanos del concejo de Nuñomoral están de fiesta. Celebran a San Antonio y se han embutido en sus mejores galas. El autor capta con gran precisión el sentido colorista del que hacen gala los hurdanos, que éstos definen como “andá mu ramajeáuh” o “vistí de ramajéruh”. No hay, en las observaciones, ni una sola nota tétrica. Y cuando Albiñana hace una traslación de personajes (indios de Nuñomoral y jurdanos de Minatitlán), no muestra una pintura despectiva, sino un sentido bucólicamente primitivo, inherente a los holgorios de dos comunidades que, aunque muy distantes, caminaban parejas en rituales de gran colorido y muy arcaicos. Muy atinado, además, en llamar “dios de la música” al tamborilero, pues, efectivamente, los tamborileros, en esta zona, siempre fueron el eje central de toda manifestación festiva, recibiendo gran admiración porque eran personas capaces de dominar el aire y transformarlo en música.

Veintiocho años antes que Albiñana contemplara la fiesta de San Antonio en Nuñomoral; en septiembre de 1904, la revista “Las Hurdes” publicaba un artículo, sin firma, titulado “Nuestra fiesta”, donde se hablaba del grupo de danzarines hurdanos que se desplazarían a Salamanca para bailar ante S.M. el Rey Alfonso XIII. Pero tales líneas son penumbrosas y borrosas:

“Mañana se presentarán ante S.M. el Rey don Alfonso XIII algunos míseros habitantes de Las Hurdes. Vestidos con sus mejores galas, si es que merecen tal nombre los andrajos lavados del pobre, llegan a Salamanca, quizá para ser objeto de compasiva admiración por parte de S.M. y de los salmantinos. ¡Triste sino el de una región que, para excitar el interés de los poderes públicos, precisa convertirse en héroe de barraca de feria! Vienen los hurdanos a hacer gala de sus habilidades en el arte de Terpsícore, que traen a Salamanca lo más en el arte típico de su comarca, una especie de baile indio admirable por su novedad extraña (...).”

Curiosamente, esta descripción tendenciosa, donde se equiparan las galas de fiesta de los hurdanos a los “andrajos lavados del pobre”, contrasta enormemente con la fotografía que acompaña a tal artículo. La foto muestra a un tamborilero, cinco danzarines y cuatro danzarinas, ataviados con la polícroma indumentaria que, a grandes rasgos, trazara José María Albiñana. En las líneas de la revista “Las Hurdes” se habla de un “baile indio admirable por su novedad extraña”, pero no en el sentido ritual y ceremonioso, incluso de admiración, que mostrara Albiñana al hermanar en sus holgorios a los hurdanos y a los indios tehanos, sino que de tales líneas se desprende un resabido despreciativo, rebajando a los hurdanos y sus manifestaciones festivas a cosa propia de indios (entendido en el sentido del más puro salvajismo). O sea, algo así a lo que afirmaron Chapman y Buck, que incluyeron a los hurdanos en la etnia del “Homo sylvestris” (14). Y, tristemente, desde la distancia, sin ver jamás el vivo retrato de un hurdano, hemos tenido entre nosotros, recientemente, a investigadores tan prestigiosos como Julio Caro Baroja, que se han atrevido a lanzar exabruptos como:

“...En realidad, Las Hurdes constituyen un caso de patología etnológica más que un modelo de arcaísmo y cabe pensar si muchos pueblos que consideramos primitivos, con tendencia al enanismo y otros rasgos de debilidad no serán simplemente degenerados como los hurdanos” (15).

CONSIDERACIONES FINALES

A fecha de hoy (otoño de 2003), cuando ya se cuentan con los dedos de la mano las familias que reciben de organizaciones asistenciales algunos hatos de ropa, inmersos en el feroz consumismo de los tiempos actuales, tenemos que decir que en poco o nada se diferencian los habitantes de Las Hurdes, en lo tocante a su indumentaria, al resto de los que viven en otras comarcas. Incluso, como pasa en otros pueblos, se llevan a cabo colectas por organizaciones religiosas para recoger ropa sobrante, que, luego, es enviada a países del Tercer Mundo.

Cuando ya apenas si quedan cabras en la zona, por lo que el curtido y el uso de pieles y prendas fabricadas con sus lanas ha pasado a mejor vida, todo queda en recuerdos, que, con el tiempo, se difuminarán o adquirirán tintes de legendarios. Y recuerdos se han vuelto también los trabajos del lino, del que no queda ni rastro, a no ser el instrumental (“ehpaílla”, “rahtrillu”, “rocaera”, “jusu”, “nahpaó”...) que se empleaba en tales menesteres, y del que algunas familias, como la de Luis Guerrero Alonso, de Casares de Las Hurdes, todavía pueden explicar sobre lo que conllevaba el oficio de “jilaó” (hildador), “mallao” (persona especializada en hacer

punto) y “teceó” (tejedor). Todavía conserva este clan de los “Guerrero” un antiguo telar.

Recuerdos son, así mismo, los de los “chanquéruh”, que fabricaban las “cháncah” (que también llaman “madróñah”), ese singular calzado del que ya hablamos. Tal vez, algún viejo zapatero, ya bien entrado en años, como Gregorio Iglesias Pizarro, de la alquería de Cambroncino, pueda dar todavía valiosa información.

Trabajos, oficios, artesanías... propios de economías de subsistencia, autárquicas en gran medida, expuestas a numerosos vaivenes y altibajos, son ya parte de la memoria colectiva. Queda un vago recuerdo de “cuando mos quitarun los montis” (Desamortización del siglo XIX) y que los hurdanos, en respuesta colectiva, empeñando “el oru” (alhajas heredadas de sus mayores), pujaron para recuperar lo que, secularmente, habían sido sus propiedades comunales. Y queda aquel otro doloroso recuerdo de los “años del hambre” (al terminar la Guerra Civil), cuando hubo que aprovechar, remendando lo remendado, hasta la saciedad las escasas ropas de que se disponía.

Y cuando muchas realidades de tiempos pasados vuélvense ecos para narrar en ratos de serano, surgen, como autoafirmación de entidades e identidades, dentro de otras facetas, el afán de rescatar una indumentaria tradicional y se pone de actualidad el llamado “bordado hurdano”. Gente de Hurdes se ha lanzado a confeccionar lo que, en tantas partes, se conoce como “trajes regionales” (terminología heredada de la Sección Femenina del Movimiento). Y ocurre que cada cual actúa según su libre albedrío, copiando prendas del traje aquel que vio en determinado sitio, aunque no tengan nada que ver con la tradicional indumentaria hurdana, que, por cierto, también presenta alguna que otra diferencia, aunque muy pequeñas, entre los diversos concejos de la comarca. Por ello, si es relativamente complejo establecer un patrón comarcal de una indumentaria arquetípica, para ser lucida en ciertas manifestaciones, mucho más absurdo es hablar de “traje regional”. Hoy en día, con motivo de alguna fiesta, fácilmente podemos apreciar –valga el ejemplo– a tamborileros hurdanos ataviados con trajes semejantes a los del Campo Charro o Sierra de Francia (comarcas salmantinas), o al estilo de la localidad cacereña de Montehermoso, o confeccionados como Dios le dio a entender a alguna sastra de estos pueblos.

Si queremos realzar las señas identitarias, no se puede echar mano de símbolos extraños a la comarca. Por ello, bueno sería dar un repaso a las ilustraciones serias y rigurosas que aparecen en viejos libros sobre este territorio. Y hasta pueden servir de modelo las prendas, adquiridas en Las Hurdes hace muchos años, y que se conservan en

los fondos del Museo Provincial de “Las Veletas”, en Cáceres:

Fondo Antiguo (Sección “Textiles”)

– 3.384: Calzón negro cintado, con chías de seda verde (Las Hurdes).

– 3.383: Polaina de paño negro, con dos piezas. Abotinadas (Hurdes).

– 3.355: Chaqueta negra. De lana labrada formando bordones. Cuello y solapas rectas. Fondo de franela roja con decoración en negro (Las Hurdes).

– 3.381: Zamarra pastoril de cuero, de doble alda. La frontera más corta y de línea circular. La espalda más larga y terminada en recto (Las Hurdes).

– 3.436: Chaleco con botones octagonales en doble hilera, con flor cincelada en el centro (Las Hurdes).

Sin numeración específica, pero procedentes de la comarca de Las Hurdes, aparecen:

– Montera de piel de lobo (Las Mestas, Las Hurdes).

– Refajo de bayeta grana (Las Hurdes).

– Camisa de lino, con tirilla en lugar de cuello y con pequeños escapularios sobre los hombros. Puños dobles con decoración de colchado (Las Hurdes).

– Calzón bombacho de paño negro, decorado con paño sobremontado de motivos florales anaranjados (Las Hurdes).

– Dos pares de calcetas, de cuadros coloreados (Las Hurdes).

– Anguarina con mangas, forrada de paño de color burdeos (Las Hurdes).

– Calzoncillos de lino grueso (Las Hurdes).

– Jubón de mujer, de satén negro (Las Hurdes).

– Esclavina de milranga (Las Hurdes).

– Pañuelo de cabeza de fina lana, con colores negro, amarillo y verde (Las Hurdes).

– Fajero de niño (Las Hurdes).

– Alforjas de lino, con listado en negro y blanco (Las Hurdes).

– Dengue con bordados florales y espigas (Las Hurdes).

En este afán autoafirmador de la comarca, ha vuelto a cobrar vital importancia, como decíamos más arriba, el bordado hurdano. Por suerte, se conservaba en la memoria de algunas vecinas de Pinofranqueado y, hoy por hoy, se va extendiendo por toda la comarca. María Ángeles González Me-

na, conocida etnógrafa, nos dice al respecto de este bordado:

“Algunos tratadistas quieren remontarle al siglo XVII, aunque es fácil pensar que antes poseería un bordado más primitivo puesto que se trata de una zona que ha vivido durante largo tiempo en completo aislamiento. La decoración de sus composiciones se integra por flores, frutos, hojas y espigas; abundan las rosas, racimos de uvas, hojas de trébol y margaritas. El árbol de la vida formado por grueso tronco cobija flores, frutos, hojas y pájaros. Todos estos motivos se realizan por el concurso de tres colores como rojo, azul y blanco, o amarillo, verde y marrón. La técnica utiliza los puntos de realce, lanzado contrariado, de nudos, de sierra, diente de perro, plumetis, punto de hormiga, de galón, de espiga y de tallo. Es curioso ver cómo algunos ejemplares llevan los motivos totalmente rellenos a bandas, al estilo del bordado salmantino, sin duda por un efecto de transferencia” (16).

Rescaten, pues, los hurdanos sus señas de identidad y siéntanse orgullosos de ellas, pero sin orgullo desmedido que caiga en el chauvinismo ni malsano orgullo que pida cuentas por supuestos agravios seculares a otros pueblos. Decimos esto porque, a poco que hemos ruscado, hemos detectado entre algunos jóvenes hurdanos ramalazos de ese tendencioso orgullo. Un hecho que hemos palpado con nuestras propias manos ha sido el temor que a ciertos padres inspiran muchos de sus hijos (en gran parte, emigrantes). Así, cuando en épocas estivales, grabadora en mano, hemos intentado recolectar retazos de la tradición oral, diversos hurdanos emigrantes han reprochado a sus padres o parientes el que desgranaran sus cuentos o romances, insinuando que al forastero, ni agua. A lo mejor, como le ocurre a ciertas fuerzas vivas de la comarca, ese orgullo degenera en un frustrante complejo, que hace al individuo estar continuamente a la defensiva, en la perenne angustia de considerar que sacar de su letargo la vida de antes, es volver a la leyenda negra, cosa que desea el forastero para seguir riéndose de los pobrecitos hurdanos. Este complejo, ha acoquinado de tal forma a ciertos munícipes, que, en años pasados, emprendieron verdaderas campañas para borrar todo lo que oliera a pasado, convencidos a pie juntillas que caminaban por la auténtica senda de la modernidad. Así, se obligó a los vecinos, bajo multas, a encalar sus viviendas, eliminar las lanchas de los tejados, suprimir balconajes de madera, desterrar rituales añejos, a procurar hablar correctamente el castellano... Y, mientras, se reformaban los pueblos, quitándoles su personalidad, con avenidas de acera colorines y palmeras, fuentes graníticas (toda una aberración en un islote radicalmente pizarro-

so), casas de protección oficial levantadas con macacos de ladrillos de cara vista, etc.

Por suerte, están cambiando las mentalidades y comienza a vertebrarse una mayor conciencia de los valores que encierra el territorio hurdano. Esta mayor concienciación debería, circunscribiéndonos al tema tratado en este trabajo, instar a que, de una vez por todas, se levante el tantas veces pedido “Museo de Las Hurdes”, y que nosotros (y otros muchos colectivos de la zona) vemos como lugar idóneo para su ubicación la antigua factoría de “El Jordán”, en Nuñomoral. Tal museo, como es de prever, tendría su correspondiente apartado dedicado a la indumentaria tradicional, salvaguardando así numerosas piezas textiles que se apolillan en viejos arcones y constituyéndose en todo un reclamo turístico para el viajero y en unos interesantes fondos didácticos para estudiosos e investigadores.

NOTAS

(1) MARTÍN SANTIBÁÑEZ, R.: “Un Mundo desconocido en la Provincia de Extremadura: Las Hurdes”. En *Defensa de la Sociedad*, Madrid, 1876.

(2) Para mayor información sobre las “Menderas”, ver: *Revista Las Hurdes*, núm. 35 (Diciembre, 1906). En este número de la revista *Las Hurdes* aparece un artículo de G. Santos Diego, donde se dan algunas precisiones sobre las Menderas. De todas formas, el artículo hay que leerlo desde un punto de vista etnográfico, dejando aparte el retintín conmisericordioso y quejumbroso del autor, porque decir que las hurdanas no saben regatear, ni comprar ni vender, es completamente lo opuesto al carácter pícaro, desenfadado, ladino y desconfiado (incluso interesadamente lastimero, si llega el caso) de toda mujer que se precie de haber nacido en Las Hurdes.

(3) Nos permitimos traer una coplilla referente a estos trabajos del lino:

“Jila que te jila
con el jusu y rueca.
Jila que te jila,
s’echaba estas cuentas
allá en tierra Jurdi,
y jilaba el lino
la mi jilanderá:

—Vengan jilaúras
pa hacé tres madejas.
Vengan días y días
retorciendo jebras.
Y venga saliva,
dale con la lengua.
Hoy, jilando al güerto,
de armuerzo a la cena;
mañana, al desotro,
la mesma faena.

Vaigas ande vaigas,
siempre con la mesma:
el palo pinchao
ampié la caera.

Te escuecin los deos,
te escueci la lengua,
y pol tó alimento,
una pilaera
metes pa la boca,
pa que no esté seca.
Dali que te dali
al jusu y la rocaera,
que tiempo ni tienes
p'aviá merienda.
Pero quiera Dios
que haiga madejas,
que buenos reales
me saco con ellas,
si las apregon
pol mercaos y ferias.”

(Recitó: Juana Martín Velaz, –Tía Juana “La Cariela”, de 86 años, de la alquería de El Rubiaco, concejo de Nuñomoral. Grabado en el verano de 1986)

Esta misma señora nos refirió la siguiente adivinanza (“acertaíju”, dicen por Las Hurdes) sobre el lino:

“Verde fue mi nacimiento,
azulada fue mi fró (flor),
y tan alto fue el mi tallo,
que al Sacramento llegó”.

Otros acertaíjuh sobre el mismo tema guardamos en nuestros archivos:

“Mi cabecita es azul,
y mi cuerpo verdecillo.
Me dan palos y más palos
pa hacerse unos carzoncillos

(Recogido a: Irene Martín Azabal, de la alquería de La Aldehuela).

“Como a un varón santo y mártir,
me van llevando al suplicio:
con espadas me dan cortes
y me arañan con rastrillos,
y luego que me retuercen,
doy el último suspiro.
Con el pago de mi muerte,
unos compran calzoncillos,
y otras se compran senaguas
pa regalo del marido”.

(Recogido a Jesús Hernández Talaván, tamborilero de El Casar de Palomero)

El refranero sobre el lino tiene, igualmente, su repertorio en la comarca. Veamos algunos ejemplos:

“Siembra el lino pol San José; si puedi ser ocho días antes que no dispueés”.

“El lino, pa su sazón, dos mesis en terregón”.

“El lino, se siembra en tollu (terreno fangoso) y el pan en polvu”.

“Si buen lino quieres sacá, siémbralo en el bonal”.

“La puta y el lino, al charco con muchu limu”.

“Poco gana la que jila, pero menos la que mira”.

“Pol mu bravo que sea el lino y mu brava la mujé, dánduli zurra mandurra, gana ella y gana él”.

Terminamos con una cancioncilla que nos cantó Paulino Iglesias Martín, de 71 años de edad, de la alquería de La Dehesilla:

“Jilandera, jilandera,
qué resaladina vas,
con el jusu y con la rueca
jilando d'acá p'allá,
con las maejas a cuestras
pa la feria del Casá.

Jilandera, jilandera,
qué resaladina vas,
caminito del serano,
pasando el rato en jilá.
¡Ay quién fuera seranero
pa podelti acompañá!

Jilandera, jilandera,
qué resaladina vas,
que nos has cumplío los vente,
no llegas a la trentá,
que la que pasa los trenta,
ya la tienen jilvaná”.

(4) CERRATO, A.: “Las Peñas de Limia”, en *REVISTA DE FOLKLORE*, núm. 227, p. 168. Valladolid, 1999.

(5) LEGENDRE, M.: *Las Jurdes: Étude de Géographie Humaine*. Burdeos, 1927. De este libro tan singular, poseemos un ejemplar, que nos fue regalado por nuestro buen amigo el antropólogo italo-francés: Maurizio Catani, autor de interesantes estudios sobre la comarca hurdana.

(6) BARANDIARAN, J. M.: Manuscrito fechado en Atáun, de 26 de junio de 1987, utilizado como prólogo en la revista *OHITURRA*, núm. 5 (“Estudios de Etnografía Alavesa”. Vitoria, 1987).

(7) “LAS HURDES”: Revista mensual, que fue publicada en la imprenta “Calatrava”, de Salamanca, entre 1904 y 1908, y no en Plasencia, como afirma Legendre en su libro.

(8) Para mayor información sobre el bordado hurdano, ver: NOVILLO GONZÁLEZ, Vicente: “Un fotógrafo en Las Hurdes (I)” (*Cuadernos Populares*. Editora Regional Extremadura, Mérida, 1996).

(9) Conversación grabada a Alonso Martín Martín en Nuñomoral (Semana Santa, 1990).

(10) GABRIEL Y GALÁN, J. M.: “Escenas y Tipos Campesinos: Ganadero”. *Obras Escogidas*. Salamanca, 1971.

(11) GABRIEL Y GALÁN, J.M.: “Dos paisajes”. *Obras Escogidas*. Salamanca, 1971.

(12) Ver revista “EL CORREO JURDANO”, editada por el CAM. “Isabel de Moctezuma, de Caminomorisco”, de la que el autor de este trabajo es coordinador. Los capítulos: “Nosotros, niños hurdanos”, fruto de las entrevistas realizadas por los alumnos del taller de prensa, dan cuenta de la indumentaria de los niños pequeños.

(13) ALBIÑANA Y ALBORNOZ, J. M.: *Confinado en Las Hurdes*. Imprenta “El Financiero”, p. 79. Madrid, 1933.

(14) CHAPMAN, A./BUCK, W. J.: *Unexplored Spain*. Libro publicado en 1910. Reeditado por “Incafo”. Madrid, 1978.

(15) CARO BAROJA, J.: *Los Pueblos de España (II)*, p. 92. Ediciones “Itsmo”. Madrid, 1976.

(16) GONZÁLEZ MENA, M^a Ángeles: “Museo de Cáceres. Sección de Etnografía”. Ministerio de Educación y Ciencia. Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural. Comisaría Nacional de Museo y Extensión Cultural. Madrid, 1976.



LA FABRICACIÓN DE LADRILLOS EN CANTILLANA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

José Pérez Zamora y Antonio José Pérez Castellano

*Oficio noble y bizarro,
El de todos el primero...*

Se alzaban las antiguas alfarerías cantillaneras –barrerías, en el habla local– en los arrabales linderos a la Boca del Viar, lugar próximo a Cantillana (Sevilla) donde este afluente viene a desembocar en el Guadalquivir; en una zona del ejido municipal que las crecidas de los dos ríos –Viar y Guadalquivir– inundaban casi todos los años cuando las lluvias se hacían persistentes cuenca arriba y las aguas bajaban teñidas de un color semejante a la arcilla. Los hornos de los alfareros se alzaban cercanos al *Sena* (1), en cuyos lomos sembrados podía verse por las tardes cómo avanzaba la sombra. La presencia de alfarerías en las riberas donde el Guadalquivir era navegable remonta sus orígenes documentados a la época romana, Bonsor diseñó el mapa de estos antiguos alfares que se asentaban en las dos orillas del Betis y de su afluente el Singilis –Genil– desde Córdoba y Écija hasta Sevilla; en el recorrido que surcaban los barqueros, seguramente hasta el sitio donde llegaban las mareas desde Sanlúcar de Barrameda, por encima de Cantillana, la antigua Naeva, donde todavía, como en Alcalá del Río –más al sur–, pueden verse los impresionantes restos de los antiguos puertos (2).

Los barreros, a principios del siglo XX, obtuvieron permiso del consistorio local que les autorizó a instalar en el terreno comunal de la villa, por donde discurría el camino de Extremadura, sus industrias alfareras donde saldrían fundamentalmente ladrillos y tejas, pero también, cántaros, macetas y lebrillos.

HORNOS DE CAPILLA Y ABIERTOS

La construcción del horno se iniciaba abriendo un gran agujero en la tierra en el que se dejaba una caldera para albergar el fuego, y a una altura aproximada de un metro se le abría una puerta para introducir la leña, de olivo, de monte y también de paja de haba, que alimentaría el horno. El horno era el tradicional de origen hispanomusulmán, con caldera, cámara y bóveda con chimenea central; las chimeneas secundarias de este tipo de horno permitían, al abrirlas y cerrarlas



durante la cochura orientar las llamas. El horno se calentaba durante cuatro o cinco horas, mientras la puerta del horno se tabicaba con ladrillos y barro y se abría veinticuatro horas después de finalizada la cocción.

Desde la cimentación del horno se construían varios arcos de ladrillos que llegaban al mismo nivel del suelo exterior, uniendo los arcos con trabas, también de ladrillos para estrechar huecos entre arco y arco, rellenando los estribos con materiales diversos. Se cerraba el horno con una bóveda curva y una apertura al exterior sobre la bóveda de chimeneas por donde salía el humo y cuando la cocción avanzaba salía al exterior las llamas y el característico humo por entre el que jugaban los niños. Estas chimeneas recibían distintos nombres: *Central, mico, boca puerta y laterales*.

El horno abierto era igual que el anterior, pero sin bóveda que lo cerrara, dejándolo expedito en toda su circunferencia directamente a cielo abier-



to y más elevado que el horno de capilla. En este tipo de horno sólo se cocían ladrillos y tejas.

LADRILLOS, TEJAS MORUNAS Y CÁNTAROS

La materia prima para las tejas y ladrillos era la arcilla; para los cacharros, greda... Con los cantillos duros de la greda blanca suelen los aposentadores señalar las posadas de la corte. La arcilla para las tejas y ladrillos se extraía de los alveolos de las riberas del Viar que llega hasta Cantillana para desembocar en el Guadalquivir tras cruzar gran parte de la Sierra Norte sevillana; era tierra veguiza, limpia de otros materiales que los arrieros llevaban a las barrerías en burros con serones de esparto formando un gran montón, siempre cerca del pozo, imprescindible en las barrerías de donde se sacaba el agua para amasar la arcilla.

Los barreros hacían una contrata con los dueños de los labrantíos, de donde obtenían la arcilla para fabricar tejas y ladrillos, manteniendo la concesión por varios años. Se tomaba la tierra suficiente para cortar dos mil ladrillos que componían la tarea de una jornada, remojándola con agua y batiéndola con los pies y con la azada hasta hacerla una pasta moldeable. Mientras la tierra se remojaba se preparaba el mantillo, espacio abierto en la barrería, amplio y que se arenaba con arena gruesa del río Viar, para que no se pegaran al suelo los ladrillos. Posteriormente se

traía al mantillo el barro ya amasado, en unas esterillas de esparto llamadas *teneas*, colocándolo en una o dos tiras desde la cabecera del mantillo para que estuvieran al alcance del cortador. Se tomaba el molde, la *gabera*, casi siempre de madera y con cabida para sacar dos ladrillos de una sola vez. Según la *gabera* en altura se hacían ladrillos de los llamados de contrata, de tacos, más gruesos y *corianos* menos gruesos, estilo a la rasi-lla actual, que es el ladrillo delgado que se usa para solar o techar.

Se acompañaba el cortador de ladrillos con una vasija de barro con agua con la que se enjuagaban las manos para alisar la superficie del ladrillo en el molde –la *gabera*–. Todos se hacía artesanalmente alisando con las manos el barro sobre la *gabera*. En una *tarea* de un día había que cortar dos mil unidades. Una vez que se oreaban al aire libre, los ladrillos se levantaban del suelo del mantillo y se iban ordenando para su cocción.

La colocación del ladrillo en el horno respondía a trazas bien determinadas: Se colocaban *dagas* o *andanadas* (cada una de las filas horizontales de ladrillos en el horno) por su mayor longitud, llevando una separación entre ellos por la menor longitud del ladrillo, con objeto de que quedasen huecos entre ellos para que pasaran las llamas desde el interior de la caldera. La segunda *andanada* o *daga* se comenzaba en sentido contrario de la anterior y así sucesivamente procurando siempre que hubiera hueco para que llegase el calor desde la caldera. Cuando había que cocer tejas, se colocaban sólo unas *dagas* en la base de ladrillos, y sobre estos en sentido vertical las tejas hasta cerca de la bóveda del horno.

La fabricación de ladrillos se hacía preferentemente en verano porque como se trabajaba a cielo abierto las lluvias podían estropear más de una *tarea* de ladrillos en otras estaciones del año. Cerca del obrador o taller donde se fabricaban tejas y cacharros, cántaros, etc., se tenía la materia prima –arcilla o greda– que se desterronaba con la azada y se empezaba a remojar con agua del pozo cercano.

Se batía con los pies y con la azada. Y cuando se obtenía una pasta más dura que para el ladrillo, se introducía en el obrador y se sometía a un *pisado* muy fuerte, se volvía varias veces a repetir el *pisado*, hasta obtener una pasta moldeable, pisando el barro de forma continua. El pisador tomaba el barro y lo llevaba al poyero, un pilar cuadrado, que terminaba en una superficie plana de piedra o mármol. Este trabajo lo hacía solamente el pisador ya que el *maestro* de rueda tenía otro cometido como así el *boquintero*, que era el que sacaba las boquinas –tablas donde se colo-

caban las piezas desde el torno— llenas de productos ya terminados para que se secaran.

Con arreglo a la teja que se iba a fabricar el maestro de rueda tomaba la cantidad de barro y amasándolo con las manos, hacía la *pella* —de ahí el nombre de *pellero*, que era el oficial alfarero que trabaja en el horno—, y las iba colocando al alcance del maestro de rueda que se sentaba a la altura del suelo sobre una tabla por encima de la rueda de madera ancha que el maestro accionaba con los pies. La rueda superior donde se apoyaban las pellas era de una longitud de circunferencia menor. Delante se colocaba un barreño con agua para que el alfarero tuviera siempre las manos mojadas para moldear el barro suavemente. Puesta la pella sobre la cabeza de la rueda, se iba moldeando el *tajo*, media teja invertida, quedando una cabeza de barro para continuarla cuando se finalizaba lo fabricado y tuviera consistencia. El *boquinero*, casi siempre un zagal y a veces el mismo pisador, sacaba el tajo al aire, colocándolo sobre el mantillo con suelo arenado; si hacía mucho viento, se arrojaban los tajos restantes con cintas de esparto para que la cabeza no se endureciera demasiado y fuera difícil de labrar. Cuando se terminaba la tarea: unas quinientas tejas dobles, o sea un millar de tejas simples, se iban metiendo en el obrador los tajos cerca de la rueda y al alcance del maestro. El boquinero volvía a su trabajo sacando ahora las tejas completas para que se fueran oreando. Cuando el maestro lo creía conveniente, siempre antes de que se secase en demasía, con una cuchilla le daba dos cortes a la teja uno frente al otro para obtener dos piezas iguales. Cuando la teja se había secado totalmente, se le daba un golpe con una canilla de hueso y se abría en dos, quedando preparada para su cocción en el horno.

Como se dijo más arriba la teja iba siempre en el horno sobre una o dos dagas de ladrillos que se habían colocado en filas horizontales y en sentido vertical. La teja más ancha se denominaba *canal* que es una teja más combada y la más estrecha *roblón*, la que cubre la unión de dos canales juntas y que forma el lomo de los tejados. Hay otra clase de teja llamada *alajada* que era algo más ancha que la normal, y que cuando estaba todavía fresca, se estrechaba lateralmente aplastándola, resultando una canal más ancha por donde discurren las aguas del tejado.

El cántaro y otros cacharros de barro como las macetas, lebrillos, morteros, se hacían generalmente de barro de greda y su proceso de fabricación se modificaba de unos a otros. El cántaro, por ejemplo, tenía un proceso de fabricación muy parecido a la teja, aunque con sus variaciones. El barro se preparaba de igual forma que para la teja, pisando una y otra vez el pisador lo ponía mol-



deable por completo. En el *pellero* se volvía a amasar y de allí lo iba retirando el maestro de rueda. Sobre la pella se elaboraba la parte baja del cántaro cerrando el asiento completamente. Una vez creado el tajo, volvía al obrador y el maestro lo invertía trabajando sobre la cabeza del barro el resto finalizando con la boca del cántaro, que podía ser ancha o estrecha. Hasta que el cántaro no se había terminado, sobre todo por la boca, no se le colocaban las asas, tomando un trozo de barro que se alisaba y alargaba con las manos y se pegaba primero en la boca, se estiraba el barro y se pegaba sobre la parte superior de la panza del cántaro.

La producción de macetas, lebrillos se hacía en el tajo. Se fabricaba con pellas de barro, arcilla y sobre todo, greda, de una sola vez y se separaba de la cabeza de la rueda cortándolos por la base con un hilo fuerte y de igual forma los lebrillos y morteros.

Las barrerías cantillaneras desaparecieron hacia los años setenta del pasado siglo, cuando la producción artesanal se hizo inviable por antieconómica ante la competencia de la producción industrial que empezaba a aflorar. Aún es posible ver los restos de antiguos hornos, mudos testigos de un pasado artesanal ya desaparecido, convertidos ahora en desordenados amasijos de ladrillos que, dentro de poco nadie sabrá a qué se dedicaban en otro tiempo.

NOTAS:

(1) Cenadal.

(2) BONSOR, Jorge: *Los pueblos antiguos del Guadalquivir y las Alfarerías romanas*, Madrid, Tipografía de M. Tello, 1902, Separata de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

CONSTRUCCIONES DE TECHO DE PAJA: PERVIVENCIA Y DESTRUCCIÓN

Ángel Cerrato Álvarez

En los años 1975 y 1976, el inglés Mark Gimson se trasladó al Noroeste de España para estudiar el ancestral mundo de la vivienda del ámbito celta que tenía constatado en Irlanda, en el corazón de Gran Bretaña y por las tierras de la Bretaña francesa.

Después de un largo recorrido se centró en los Ancares gallegos. Su xobra, breve, densa y concentrada, hace una incursión por las técnicas, materiales, formas, usos o expansión territorial de las pallozas; uno de los elementos que más le impresionó fue el techo, el techo de paja (1).



Conservación de cubiertas de paja. PORLOCK. Pequeña villa inglesa (S.E.)

Pero la arquitectura popular de cubiertas de paja no está adscrita a una sola zona geográfica; ha traspasado territorios y ha resistido el nacimiento y la muerte de edades históricas (2).

Esta arquitectura se encuentra hoy día en una dura encrucijada: países como Irlanda, Gran Bretaña, Polonia, Dinamarca... la cuidan, la renuevan, la restauran.

Pequeñas ciudades, poblados en medio del aprovechado campo, casas aisladas de granjas y extensos pastizales... muestran sus tejados de paja; se observa un extraordinario mimo, una especie de orgullo innato y una ausencia total de vergüenza por vivir en una vivienda así; esas viviendas ofrecen por dentro las comodidades esenciales de nuestra cultura. Países como Inglaterra están en cabeza de los profundos cambios que han revolucionado la Humanidad en los últimos trescientos años, pero no han destruido uno de los símbolos más característicos de su memoria histórica, las cumbres de paja. ¡Al contrario! La cultura de todo un pueblo preserva las casas o las construcciones de remates de paja como preserva las catedrales de Durham, Salisbury o Wells, porque son todo un símbolo del recuerdo viviente del pasado; de sobriedad, de serenidad y de belleza; de enraizamiento con la tierra y de comunión con la naturaleza.

Una cumbra de paja se enmarca en el paisaje, vive de él, nace de él y le pone un sello indiscutible.

Nuestros antepasados conocían muy bien las cualidades de un material realmente endeble, pero que trabajado y cuidado, ofrecía las soluciones idóneas en aquellas tierras de difícil manejo de la pizarra o de la teja.

La paja era de centeno en un alto porcentaje. Y el centeno era un cultivo esencial en la vida y en las tierras de nuestros mayores. De la paja del centeno se extraía una gran gama de utilidades: remates de corozas –el impermeable de juncos del campesino–; mantas para las vacas y para las caballerías; cestos; envolvedores de recipientes de vidrio; cama para las albardas, cama para las cuadras, mullidos para lechos y cunas; antorchas para las idas y venidas nocturnas de las ferias; haces para chamuscar el cerdo después de desangrado y hasta lengüetas de pitos. Y por supuesto, la materia prima del entramado de las cubiertas de viviendas, pajares, molinos, cobertizos...

Nuestros antepasados sabían muy bien que un techo de paja da salida al humo, y el humo mata los bichos; mantiene el calor interno, es un buen aislante, evita las goteras porque la lluvia resbala mansamente, que a su vez la conserva flexible y húmeda, que hace que el fuego prenda con dificultad en condiciones normales (3); el viento roza pero no penetra. La paja es un material flexible para las construcciones populares, se acomoda fácilmente a la madera y se enlaza suavemente a otros materiales como las escobas, el brezo, o las varas de robles, de abedules o de alisos; las manijas de paja cierran y atan fuertes tirantes de robles o de castaños. La paja

se adapta, por fin, y muy bien, a todas las formas geométricas que pueda adquirir la vivienda: circulares, ovaladas, rectangulares...

Un techo de paja encuadra perfectamente con la piedra y la madera, los materiales constructivos primarios que el hombre encontró. Tampoco extraña en paredes de ladrillo y confiere una añeja textura a paredes encañadas de blanco, como pueden contemplarse a lo largo de toda la geografía inglesa. Las viviendas de techos de paja no admiten balcones, y si los hay, son un añadido moderno.



Conservación de cubiertas de paja. AVEBURY. Centro de Inglaterra.

La paja de centeno destinada a los tejados había que cuidarla en la siega, en el acarreo, en la maja y en el hacinamiento, y conservarla en lugares frescos y relativamente húmedos.

Se sabía muy bien que esas ventajas había que pagarlas, porque había que renovar cada dos años las zonas más expuestas a los vientos, al sol o a las fuertes lluvias y cada diez años había que rehacer toda la obra (4). En los pueblos existían especialistas de estos montajes. Toda una técnica y todo un arte que aún pueden verse al natural por el corazón de Inglaterra; toda una ancestral sabiduría que no desprecian.

También sabían que un techo de paja daba problemas serios: el primero era el peligro de incendio en determinadas ocasiones, hasta tal punto que pajares o cuadras, las construcciones típicas de cubiertas de paja, se edificaban a las afueras del núcleo habitado, solución que aún puede observarse por pueblos de la Cabrera leonesa. Los fuertes vientos podían arrancar de cuajo el entramado. Otro problema era la vigilancia constante, y la conservación y renovación citadas.

La Península Ibérica posee un rico y extenso patrimonio; el Norte de la Península fueron tierras privile-

giadas: el Somiedo de Asturias; el Cebreiro de Lugo; Los Ancares, el Incio y el Caurel en el extremo oriental de Orense; por estas tierras existieron “los altos tejados cónicos de paja... de las antiquísimas pallozas” (5), mas la *raia* galaico-portuguesa; León, con “la Montaña Leonesa desde Riaño hasta el Bierzo y la Cabrera para alcanzar el interior de los Montes de León y la Maragatería, incluso La Cepeda...” (6) tierras del Pirineo, de modo especial el Pirineo aragonés; zonas montañosas del Centro; tierras del Sureste de España (7); las tierras del norte del Duero portugués donde destaca el Gêrés, el Barroso o las tierras de Bouro..., todas ofrecieron en su momento el espectáculo de poblados enteros que hubieran hecho las delicias actuales de la cultura inglesa o de los pueblos escandinavos. ¡Pero aquí, somos diferentes! Aquí se optó por otra salida de la encrucijada.

Hasta hace unos 20 años, en tierras como el Cebreiro, los Ancares, las Cabrerías leonesas, el Sur de Galicia o el Norte de Portugal, muchas de las viviendas, pajares, cuadras, cobertizos, molinos, fraguas, hórreos, cabazos, batanes, aserraderos movidos por la fuerza del agua o chozos..., estaban pobladas de techumbres de paja. Hoy día desaparecen. Y si algunas quedan se debe a la actuación de los poderes públicos en zonas concretas, escasas (8), y sobre un número reducido de construcciones. La gran parte están en un muy seguro e irreversible proceso de extinción.



Cubierta de paja en plena comunión con la naturaleza. EXMOOR. S.E. de Inglaterra.

Por la Cabrera leonesa existen pueblos que hasta hace menos de 20 años aún se esforzaban por conservar, cuidar y restaurar las techumbres de paja. Un caso excepcional son los hermosos pajares de las afueras de Villar del Monte, todo un espectáculo de belleza sosegada, recia, compenetrada con la soberbia naturaleza del entorno; parecen nacidos de las entrañas de la misma tierra. Todo un monumento popular de los siglos pasados. Pero en los últimos años envejecen y se deterioran. Es un conjunto fuera de lo común que debiera de transmi-



Conservación de lo que aún existe. CORPORALES

tirse a las generaciones futuras como ejemplo de memoria histórica de una tierra excepcional.

Cuando se regresa de la visita de otros países, en mi caso de Inglaterra, se vuelven los ojos y se toma nota de unas tierras y de una poderosa cultura científica e investigadora que se enorgullece de un símbolo vital de su pasado: una vivienda de techo de paja.

La arquitectura de cubreras de paja que cubrió amplios espacios de la Península Ibérica, que se utilizó por tan extensas bandas y superficies de toda la tierra, que se cita como una de las primeras soluciones en el largo proceso evolutivo de la humanidad, y en general la arquitectura popular, encierra valores profundos que hay que proteger como un potente legado patrimonial de nuestra cultura. Los que hemos dedicado nuestra vida a la enseñanza sabemos que delante de una palloza de los Ancares, de un pajar de Villar del Monte, de una vivienda de Somiedo a cuyas puertas se sienta un matrimonio calzado con almadreñas, de un batán, o de un aserradero del sur de Galicia o del norte de Portugal movido por la fuerza del agua; de un *cottage* inglés o irlandés..., delante de un solo edificio puede hacerse un largo recorrido por el pasado y por la vida global de las comunida-

des y generaciones que nacieron y murieron a los pies de las humildes construcciones de cubiertas de paja

Porque la arquitectura popular es todo un proceso de antiguos asentamientos, es el espejo de todo un trabajo de la tierra y de sus cultivos, de adaptación a los materiales concretos de cada hábitat y de la adaptación que impone la orografía de cada territorio.

Se está convirtiendo en una verdad incuestionable, el hecho de citar la sobria belleza de la arquitectura popular, las elementales e inteligentes soluciones arquitectónicas, la parquedad de los materiales, la adaptación básica a las funciones del trabajo, al cuidado de los animales, o a las necesidades comunitarias.



Conservación de lo que aún existe. VILLAR DEL MONTE

En nuestro caso concreto demuestra una sabiduría fuera de lo común en el tratamiento de un material tan débil: la paja. A la paja destinada para cubrir las techumbres se la mimaba desde que se siega, se acarrea, se maja, se recoge en haces, se almacena y se conserva. El montaje de la cubrera, ciertas filigranas de adorno, el remate final en construcciones determinadas, demuestra, como se dijo ya, una ciencia y una técnica que no

estaba al alcance de todos. Añádase el cuidado y la renovación periódica que imponían las inclemencias del tiempo.

Hay que hacer notar la adaptación y el complemento con otros materiales vegetales tan débiles y perecederos como el brezo, la escoba o simples y débiles ramas de árboles. Estos materiales llegaron a convertirse en parte esencial de la construcción.



Desintegración y deterioro. TRUCHAS

Las techumbres de paja conllevan una gran sabiduría de lucha contra los elementos de la naturaleza: la lluvia, el viento, la nieve, el sol y la humedad como fuerzas externas; también soluciona el problema interno de la transpiración y de la comunicación con el exterior; (9) fuerzas y situaciones a las que han de dar respuesta los materiales más modernos y sofisticados de nuestros últimos inventos, que poseerán muchas virtudes, pero también los efectos negativos de la radiación o del cerramiento de la comunicación con la atmósfera del exterior.

Un techo de paja nos habla a voces de la comunión con la Naturaleza, un valor en alza frente a la destrucción a la que la somete nuestro progreso desbocado. El espectáculo de los bloques de Stonehenge, -patrimonio de la Humanidad-, el espectáculo de los descomunales megalitos de Avebury, ambos en el corazón de Inglaterra, no serían tan redondos y completos si no estuviesen rodeados de casas habitadas de techumbres de paja.

El valor de la comunión con la Naturaleza se afianza más desde que las mentes más claras comenzaron a luchar por un desarrollo sostenible que respete la Tierra.

Estas construcciones, como toda la arquitectura del pueblo, nos hablan a voces de la Memoria Histórica, todo un patrimonio de gentes humildes que susurra estructuras, materiales, lenguaje o relaciones familiares y sociales, que balbucea lucha, vida y muerte de generaciones y generaciones, ignoradas por los poderes oficia-

les, pero de las que había que echar mano para los impuestos de sus arcas que pararían en la opulencia de palacios, castillos, o sedes arzobispales. También había que echar mano de ellos para sus guerras de prestigio, de reparto de tierras o de zonas de negocios, y, curiosamente, para sus fabulosas edificaciones.

Es cierto que este poderoso patrimonio corre un serio peligro de desintegración irreversible. Y uno se pregunta ¡qué está ocurriendo! ¡Qué comportamientos de nuestra sociedad son aquellos que vuelven los ojos y miran de lado a un tan rico y extenso pasado de nuestra historia!



Desintegración y deterioro. PITOES DAS JUNIAS. (Portugal Norte)

– Entre las pocas gentes concienciadas existe el consenso aceptado de señalar con el dedo a los que están detrás de negocios sin escrúpulos, de materiales, diseños o estructuras que tanto hieren determinados hábitats.

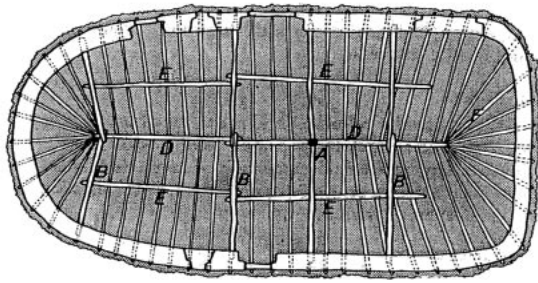
– Existe el tópico real de señalar con el dedo a una administración absentista y presionada por intereses políticos o crematísticos.

– Se apunta la ausencia de una legislación eficaz. Pero leyes, las hay, a nivel de Unión Europea, a nivel de Estado y a nivel de Comunidad Autónoma. Un Conde

Duque –s. XVII– o un Maura –s. XX– ya se quejaron de que “el problema no son las leyes; el problema es que nadie las cumple”.

– Se apunta también a la conciencia del nuevo rico que desprecia su pasado (10).

– Existe toda una bien orquestada mentalidad de los contravalores del pasado: decadencia, vejez, pobreza, atraso, estigmatización social y desprecio. Todo ello desde la perspectiva de que nuestra sociedad actual ha superado el tiempo de nuestros abuelos.

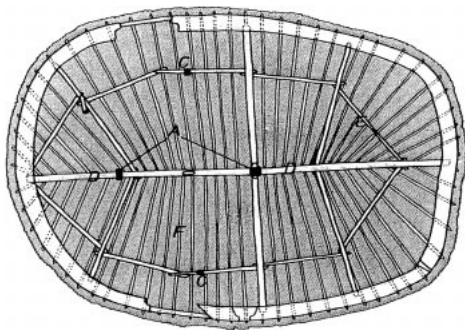


TEITO: VISTA INTERIOR

Paloza grande en Suarbol. M. Gimson - o.c. pág 41

– Y a la sociedad indefensa, inteligentemente bombardeada para que olvide sus raíces, unas raíces sabiamente dosificadas como anticuadas o vergonzantes. Se ha de consumir, se ha de gastar, entonces, lo último del progreso: materiales, formas, bienes interiores...

– No se puede olvidar que las condiciones materiales obligaron a emigrar a muchos, hasta a generaciones, para buscar nuevas fuentes de vida, y que son el último eslabón de la cadena. Se abandonó el cultivo del centeno y se olvidó el arte de cubrir los techos con paja.



Paloza en Xantes. M. Gimson - o.c. pág 30

Un pueblo culto y respetuoso con su poderoso patrimonio popular, que quiere alzarse a los niveles europeos que nuestra sociedad exige, debe de superar la asignatura pendiente de la conservación y transmisión del

legado del pasado del pueblo. Está en juego ese gran pasado, una memoria histórica, una herencia muchas veces milenaria, una identidad, un arte, humilde, pero arte y ciencia; toda una lengua y toda una antropología.

Cúidese la formación en las escuelas, surjan asociaciones, manifiestos (11), o gentes particulares que vuelven a sus raíces, que por uno que destruya haya diez que restaure, cuando hoy es aún perfectamente al revés. Que la Administración salga de los despachos, que los dineros los administren en inversión de futuro respetuosa con el pasado, y que se hagan cumplir las leyes. Pero por encima de todo, creo humildemente, que el camino más acertado es aquel que ya señaló Mark Gimson, inglés, en su trabajo de hace casi treinta años: “reestructuración –y recuperación– de las bases agrícolas de la zona. Entonces podría encontrar estabilidad la cultura total”.

NOTAS

(1) GIMSON, Mark: *As pallozas*. Ed. Galaxia, 1983. p. 7.

(2) GARCÍA GRINDA, J. L.: *El Pajar*. Cuaderno de Etnografía Canaria. II Época. Nº 14. Abril 2003, pp. 81-82. *El Pajar* recoge diversas ponencias de las V Jornadas de debate y estudio de artesanía. El encuentro internacional de las V Jornadas se dedicó al tema monográfico de “las casas pajizas”. Se celebró en nov. de 2002, en Pinolere, Orotava, Tenerife. Participaron representantes de España, África y América.

(3) GIMSON, Mark: *O.c.*, p 68.

(4) GIMSON, Mark: *O.c.*, pp 41 -44.

(5) GIMSON, Mark: *O.c.*, p. 11

(6) GARCÍA GRINDA, J. L.: *Revista de la Casa de León* en Madrid. Nº 356, p. 48. Misma cita, pero ampliada acerca del material, construcciones, formas, transformaciones...: *El Pajar*. Cuaderno de Etnografía Canaria, Nº 14, pp. 83 y ss. Abril 2003.

(7) SÁNCHEZ SANZ, M. E.: *El Pajar...* pp. 123-127. GARCÍA GRINDA, J. L.: *El Pajar...* p. 81. SÁNCHEZ SANZ, M. E.: *El Pajar...* pp. 95-104. CRUZ OROZCO, J.: *El Pajar...* pp 111-116.

(8) Ancares, Cebreiro y Baixa Limia.

(9) GIMSON, Mark: *O.c.* pp, 45 y 68.

(10) *Técnica Manual del adobe*. El Burgo Ranero, (León), 28 de Julio al 2 de Agosto, 2003, Centro de los Oficios de León. Jornada de valoración del adobe, 27 de sept. 2.003 El Burgo Ranero. El Centro de los Oficios de León se propone la concienciación y recuperación de un material, de unas formas, y de toda una antropología tan característicos de determinados hábitats de Castilla y León.

(11) Se hace referencia al Manifiesto del 27 -9- 03, del Grupo de Uruña en defensa de la Arquitectura Popular y firmado por 26 expertos y profesionales de toda España. (El Norte de Casti-

lla, 28 de sept del 2003. El Mundo-Diario de Valladolid, 29 de sept. del 2003).

BIBLIOGRAFÍA

GIMSON, Mark: As pallozas. Ed. Galaxia. 1.983

El Pajar. Cuadernos de Etnografía Canaria. Nº 14. Abril 2003. “Las casas pajizas”

MARTÍN BENITO, F.: *Arquitectura Tradicional de Castilla y León*. V. I-II. Junta de Castilla y León. Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio 1998.

GARCÍA GRINDA, J. L.: *Revista de la Casa de León en Madrid*. Nº 358, 1999.

El Norte de Castilla. 28 -Sept. 2003.

El Mundo-Diario de Valladolid. 29 -Sept. 2003.



Hay cosas más importantes que el dinero



Tu confianza
hace posible
estas acciones



www.cajaespana.es

Caja España 
OBRA SOCIAL

Alta rentabilidad social

